

Escrito en el agua

PEDRO MENCHÉN

ODISEA EDITORIAL
Madrid, 2011

www.odiseaeditorial.com

PREFACIO

Vivir. Saber vivir, qué arte tan complicado y difícil. Se podría pensar que es fácil, que basta con no hacer nada, con dejarse llevar. Pero no, no es tan sencillo. Vivir es un arte muy delicado y complejo. Es el arte de tomar decisiones, de hacer lo más conveniente en el momento adecuado. Constantemente estamos tomando decisiones (las tomamos en cada segundo de nuestra existencia) y, según sean esas decisiones o según sean las reacciones que provoquen en los demás, el resultado puede ser positivo o negativo para nosotros, puede depararnos la desgracia o la felicidad, el éxito o el fracaso. Pues cada decisión que tomamos tiene sus consecuencias. Nada es casual. Para los animales salvajes la vida es muy sencilla. Los animales tienen tres preocupaciones básicas: alimentarse, reproducirse y evitar que los maten. Pero la vida de los seres humanos se ha vuelto mucho más compleja. Hace tiempo que trascendimos ese nivel elemental de supervivencia y ahora nos preocupan mucho más otros asuntos, tales como el amor, el éxito profesional, el trabajo, el ocio, las relaciones sociales, etc. Todos tenemos ideales, sueños, esperanzas... y tales ideales, sueños y esperanzas influyen en nuestra vida cotidiana y en nuestro comportamiento. Hay personas que sólo viven para la música, la pintura, la literatura, el cine, el teatro, la religión... es decir, para cosas completamente accesorias y superfluas, pero que les son imprescindibles. El hombre está rodeado de cosas superfluas pero que son parte ya de su idiosincrasia. Amamos, tenemos ideales políticos o creencias religiosas, practicamos determinado tipo de arte, etc., y el modo en que manejamos todo eso nos da unos resultados u otros. Es ahí donde interviene la pericia de cada cual para saber resolver sus propios retos, es ahí donde radica el arte de vivir, el arte de mover los hilos de ese complicado engranaje que es la existencia humana. Cada persona es distinta de las demás, cada persona tiene su propio carácter, su propia manera de ver las cosas y, por lo tanto, su propia manera de comportarse. Aunque, en general, creo que hay dos tipos de personas claramente diferenciadas. Por un lado, están las personas que tienen una habilidad especial para tomar siempre las decisiones adecuadas para sus intereses y, por otro, están aquellas personas que, sea por lo que sea, no toman las decisiones más adecuadas para sus intereses (o que, aunque toman muchas decisiones adecuadas, se equivocan en las decisiones más cruciales). Hay personas que saben estar siempre en el lugar y en el momento oportunos, personas que tienen claros los objetivos de su vida, que saben lo que tienen que hacer, por dónde deben ir, qué obstáculos deben soslayar, etc. y hay otras personas que no saben exactamente qué hacer ni por dónde ir, aun cuando tengan también muy claros sus objetivos, personas que, por lo que sea, nunca están en el lugar ni en el momento oportunos. Todos conocemos ese tipo de personas. Las primeras son esas a las que, generalmente, les van bien las cosas, las que ocupan los mejores puestos en las empresas, las que llegan al poder y nos gobiernan, las que siendo pobres se hacen ricas, las que triunfan en su profesión, ya sean funcionarios, médicos, empresarios, actores, cantantes, oficinistas... Las otras son esas que, hagan lo que hagan, lo intenten cómo lo intenten, a pesar de tener incluso algunos golpes de suerte, siempre fracasan, pasan a un segundo plano, permanecen en la oscuridad del anonimato. Son los perdedores. Eso no quiere decir que no tengan cualidades o que no sean buenos en alguna materia o actividad. Potencialmente, muchos de los perdedores podrían ser genios, pero,

por su propia torpeza congénita (o por su propia pereza), no encuentran el modo de desarrollar sus aptitudes ni de demostrar su valía o, si lo encuentran, no son lo suficientemente hábiles como para aprovechar las oportunidades que les ofrece la vida. Pues para triunfar, para conseguir el reconocimiento público, no basta con ser bueno en algo; hay que ser también un tanto interesado y egoísta, hay que ser muy ambicioso, hay que ser un poco maquiavélico y relacionarse con las personas que pueden ayudarte, hay que ser una especie de depredador, tener incluso la suficiente maldad como para competir y luchar de un modo encarnizado por tu objetivo, ya que el propósito de la lucha es vencer y no se puede vencer sin dejar a alguien en el camino, no se puede vencer mostrando la más mínima piedad por el adversario. Y es que, como dijo Baudelaire: “En las personas decentes hay cierta cobardía o, más bien, cierta desidia. Sólo los bandidos están convencidos (¿de qué?) de que tienen que triunfar. Por eso triunfan”.

Conocí una vez a un tipo que me dijo: “Mi lema ha sido siempre arrimarme a las personas que tienen más dinero que yo o a las que tienen más cultura que yo para poder aprender algo de ellas, nunca a las que tienen menos dinero que yo o que saben menos que yo, pues de éstas nunca obtendré nada y al final sólo acabarán perjudicándome”. El que hablaba así era un hombre pragmático, esa clase de hombre que toma siempre las decisiones más adecuadas para sus intereses. Un triunfador. Modesto, pero triunfador. Pues bien, yo soy exactamente todo lo contrario: siempre me he arrimado a las personas que tenían menos dinero que yo y (o) que tenían menos cultura que yo, de modo que no sólo no pude obtener nada de ellas, sino que, además, me perjudicaron en muchos sentidos. Soy esa clase de persona que no toma las decisiones más adecuadas para sus intereses (o que si toma muchas decisiones adecuadas, se equivoca en las más cruciales). Soy el prototipo del perdedor.

“¡Perdedor!”, me dice un amigo, “¿Por qué perdedor? ¡Has publicado 6 libros y has obtenido dos premios literarios! ¡Tú no eres un perdedor!” Claro que mi amigo es norteamericano y no hay en aquel país palabra tan estigmatizada como la de “perdedor”. Pero veamos: efectivamente, he publicado 6 libros; sin embargo, ninguno de ellos ha tenido éxito (o casi ninguno), prácticamente nadie los conoce y, por lo tanto, es casi igual que si no los hubiera publicado. ¿No es eso un fracaso? Pero no importa. Quizá no hice lo suficiente por promocionar mis libros. No me relacioné con la gente más conveniente ni estuve en los lugares donde debería haber estado en los momentos oportunos, etc., así que es culpa mía (pues, como todo el mundo sabe, el éxito de los libros no depende tanto de su calidad como de la promoción que se haga de los mismos). Por otro lado, siempre me he mantenido al margen de los ambientes literarios. No tengo vocación de escritor mediático. Me molestaría incluso ser famoso, salir en la tele y todo ese tipo de cosas. Yo quisiera ser como JD Salinger; es decir: que la gente conociera mis libros pero no a mí.

La mayoría de los perdedores, sin embargo, suelen sentir mucha compasión por sí mismos y se consideran víctimas de la sociedad o de la mala suerte. Aparte de torpes, son perezosos, poco perseverantes, carecen de afán de superación. Son débiles y cobardes. Merecen sobradamente su fracaso, pero no lo reconocen. Conocí a unos cuantos. Son patéticos e irritantes. Y, además, algunos de ellos eran bastante mediocres, por lo que la humanidad no se perdió nada con su fracaso.

Pero, a decir verdad, todos somos un poco perdedores en algún sentido. Al final, todo el mundo fracasa de un modo o de otro. Incluso el éxito, tarde o temprano, pasa factura. Nadie escapa a las desgracias, a las enfermedades o a la muerte. Y no hay mayor fracaso que la muerte, como dijo Sartre.

Vivir. Saber vivir, qué arte tan complicado y difícil. Debo reconocer que, después de cincuenta y seis años, no he aprendido aún a vivir. Lo intento cada día, pero no lo consigo. Admito mi torpeza y mi ineptitud. Siempre tengo la sensación de haber hecho algo

equivocado o de no haber hecho todo lo que debería hacer. ¡Es tan arduo tener que decidir, saber qué es lo mejor en cada momento! Yo soy de esa clase de personas que no saben exactamente qué hacer, aun cuando tenga muy claros mis objetivos. Por eso observo con tanta admiración a las personas que actúan sin complejos (pero con reflejos) y saben en cada momento lo que deben decidir, esas personas resueltas y seguras de sí mismas que dominan el arte de vivir.

Y es de eso precisamente de lo que trata este libro: del arte de vivir.

Pero ¿a quién le puede interesar? Se supone que uno sólo debería escribir su autobiografía si es alguien importante, si ha triunfado, si es famoso... Me lo dijo un amigo perdedor: que quién me creía que era yo para escribir mi autobiografía. ¿Qué méritos tenía? ¿Acaso me había relacionado a lo largo de mi vida con personajes importantes? ¡No, no, no! Y, sin embargo, he aquí que me atrevo a contar con pelos y señales la historia de mi vida. Es decir, la historia de un completo desconocido, de alguien absolutamente irrelevante, de un tipejo que, a fin de cuentas, sólo es un perdedor.

Podría decir frases muy bonitas que justifiquen la existencia de este libro, podría decir algo así como: “He tratado de hallar aquí las claves de mi largo y frustrado aprendizaje sobre el arte de vivir” o “He aquí el testimonio de lo que puede considerarse una vida perdida, desperdiciada”, etc., pero no diré nada más. Tan sólo añadiré, como corolario, si se me permite la arrogancia, los versos de Walt Whitman:

*Shut not your doors to me, proud libraries,
For that which was lacking among you all, yet needed most, I bring.*

*[No me cerréis vuestras puertas, altivas bibliotecas,
Pues os traigo lo que faltaba en vuestros repletos estantes, siéndoos
tan necesario.]*

P.M.
Diciembre de 2008

¿De dónde vengo? El más horrible y áspero
de los senderos busca;
las huellas de unos pies ensangrentados
sobre la roca dura;
los despojos de un alma hecha jirones
en las zarzas agudas,
te dirán el camino
que conduce a mi cuna.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Es evidente que la naturaleza no contaba con
mi aparición, de manera que me trató como a
un huésped al que no se ha invitado y al que no
se espera.

IVÁN TURGUÉNIEV

¿Cuáles son las cosas irreales, sino las pasiones
que nos abrasaron en otro tiempo como fuego?
¿Qué son las cosas increíbles, sino aquellas en
las que creímos fervientemente? ¿Qué son las
cosas inverosímiles, sino aquellas que hicimos?

OSCAR WILDE

PRIMERA PARTE:

*Un lugar de cuyo nombre
no quiero acordarme*

I. HUÉRFANO

Heme aquí sentado, en el poyete de una puerta, mientras contemplo a varios chicos que juegan con una pelota en medio de una calle polvorienta. Es verano. Tengo unos cuatro o cinco años y llevo puestos unos pantalones cortos con tirantes y una camisita de tela azul un tanto áspera que me hizo mi madre y que empieza a quedárame pequeña. Los otros chicos son vecinos, conocidos, amigos de mis hermanos, pero yo no me trato con ellos. Rechazo su compañía por mi timidez. En modo alguno desearía correr detrás de una pelota como ellos y, sin embargo, estoy terriblemente triste porque me ignoran y no cuentan conmigo para sus juegos. La primera imagen de mi vida me habla, pues, de soledad y de tristeza, soledad que yo siempre he buscado, aunque, por otro lado, también he sufrido y he odiado.

Y he ahí a mi hermana Loli con lágrimas en los ojos, recogiendo del suelo las almejas que pretende lavar y volver a echar en la sartén. Mi madre no está en casa. Por lo visto, sufrió un cólico nefrítico y tuvieron que ingresarla en un hospital de Ciudad Real, así que mi hermana, que sólo tiene unos doce años, ha asumido el papel de ama de casa durante su ausencia. Es la hora del almuerzo e intenta preparar un caldillo, una especie de guisado con patatas y almejas en una de esas sartenes hondas con patas, en un fuego de leña. Mi padre llega del trabajo a su hora habitual y la comida no está preparada. Refunfuña, gruñe, se enfada. Mi hermana se afana nerviosa, pero es evidente que él tendrá que esperar y eso le irrita. Entonces, en un arrebato de furia, agarra la sartén por el mango y la arroja al suelo con innecesaria violencia. Mi hermana Loli llora silenciosamente mientras recoge del suelo, una a una, las almejas... Esta segunda imagen (anterior en el tiempo, quizá, a la primera) me habla del tremendo egoísmo y de la falta de sensibilidad de mi padre.

Más imágenes. No guardan éstas un orden cronológico, pero son las primeras que me vienen a la memoria o las que con mayor intensidad golpean mi conciencia. Ahora son fiestas en Argamasilla de Alba y yo voy paseando con mi padre por la Glorieta. Es la Glorieta la plaza más importante del pueblo, un pequeño jardín en realidad, con viejos e inmensos plátanos, paseos separados por setos de evónimos y un quiosco de música. En ella han instalado todas esas casetas donde se venden las almendras garrapiñadas, los camarones fritos, las chufas en remojo, el coco en porciones, la horchata, los granizados, la fruta confitada, el algodón de azúcar y todas esas chucherías que sólo vemos en el pueblo una vez al año, durante las fiestas. En la plaza del Mercado, no muy lejos de allí, están la ola, la noria, el ti vivo, los puestos de tiro y las tómbolas. Cerca del ayuntamiento, en una esquina de la Glorieta, hay un carrito de helados donde un hombre con un gran mostacho hace polos de forma artesanal. Primero extrae el hielo molido con una especie de garlopa, cepillando una barra de hielo igual que los carpinteros cepillan la madera; después prensa el hielo molido en un molde y lo va rociando con sirope de fresa, de limón, de granadina, de zarzaparrilla... Es fascinante ver cómo prepara los polos y la gente, curiosa, le rodea. Yo le pido a mi padre que me compre uno de esos polos, pero él no me hace caso y sigue andando. A la vuelta, cuando pasamos de nuevo delante del heladero, insisto, ruego, lloro, pero mi padre permanece impassible. Damos vueltas y más vueltas, viendo esto y aquello,

sin comprar nada, y yo confío en que, al final, mi padre se compadecerá de mí y me comprará el helado. ¿Qué padre no le compraría un helado a su hijo en un día de feria? Pero es inútil. Mi padre es uno de esos hombres tacaños que nunca se compadecen. No se enfada conmigo porque insista. Creo incluso que le divierte verme rogar, ya que sonrío burlescamente mientras remueve con la mano las monedas dentro del bolsillo, regodeándose con su tacto. Finalmente regresamos a casa sin el helado y eso deja en mi alma un poso de desilusión y de desencanto.

En otra ocasión quise que mi padre me comprara una cartera de cartón que había expuesta en el escaparate de una papelería. Era una humilde cartera de cartón marrón, con el cierre y las asas de hojalata. La habían expuesto por Navidad, en un escaparate, sobre una superficie de terciopelo rojo, junto a algunos libros bellamente encuadernados, figuritas de Belén, un busto de Cervantes y algunas plumas estilográficas. De tanto mirarla, aquella cartera se convirtió para mí en un objeto mágico, en una especie de cofre maravilloso que albergara algún tesoro dentro. Yo soñaba día y noche con aquella cartera. No imaginaba nada en el mundo capaz de hacerme tan feliz como la posesión de aquella cartera. Y no era un capricho inane, pues la necesitaba para llevar mis libros y cuadernos a la escuela. Yo tenía para tal efecto una bolsa de trapo que me había hecho mi madre, una vieja bolsa de trapo de la que me avergonzaba mucho. Las bolsas de trapo eran un símbolo degradante de extrema pobreza y muy pocos niños las seguíamos llevando todavía entonces, a principio de los sesenta. Mi madre, de haber podido, me habría comprado ella misma la cartera, pero sólo disponía del dinero justo para alimentarnos, por lo que no tenía más remedio que recurrir a la generosidad de mi padre. A veces, cuando pasábamos él y yo por la papelería, nos deteníamos delante del escaparate y le pedía, le rogaba, le suplicaba que me comprara la cartera, pero, por supuesto, nunca me la compró. ¡Mi padre nunca me compró un regaliz, un caramelo, un helado o una bolsa de pipas! Tampoco me dio un beso o me hizo una caricia, como no me hizo jamás una pregunta personal o me dio un consejo práctico sobre esto o aquello... Mi padre no sólo carecía del don de la generosidad, sino de la más mínima empatía hacia los demás. Algunas veces me he preguntado si realmente será humano.

En la siguiente imagen soy ya un adolescente de catorce o quince años. También ahora mi madre está ausente de casa. Se marchó hace algunos días a Madrid para acompañar a mi hermana Loli en su primer parto. Es el día en que debería volver, pero el tren se retrasa o ella ha postergado su regreso por algún motivo. Sea como fuere, mi padre se siente muy molesto por eso y le oímos murmurar palabras de rabia mientras da vueltas de un lado para otro por la casa. Mi padre es uno de esos hombres de costumbres fijadas. Tiene innumerables manías que sólo mi madre conoce y sabe satisfacer. Sin ella, se siente incómodo en la casa, desatendido, abandonado. Considera la prolongación de su ausencia una deserción, una desafección intolerables. De pronto oigo gritar a mi hermana Eugenia en el patio. Voy corriendo hasta allí y veo a mi padre arrancando las plantas de los arriates y de las macetas que cuelgan de las paredes. No entiendo qué pasa, por qué hace eso. Hasta que, después de unos instantes de confusión, lo comprendo: el patio de la casa, dentro de su modestia, es un pequeño jardín botánico en el que mi madre, con paciencia y dedicación, ha conseguido reunir a lo largo de los años una verdadera colección de plantas maravillosas. Son su orgullo y la admiración de los vecinos o de las personas que visitan nuestra casa. No hay nada en el mundo que mi madre aprecie tanto (aparte de sus hijos) como esas plantas y por eso él las está destruyendo, para castigarla. Fríamente, con calculada determinación, mi padre arranca, una a una, las plantas de los arriates y de los tiestos, haciendo caso omiso de nuestras palabras de protesta. Arranca las plantas de cuajo o, si se resisten, las corta por los tallos o por las raíces y las arroja luego al centro del patio donde forman ya un triste y patético montón: geranios, petunias, dalias, caléndulas, crisantemos, begonias, hortensias, pensamientos, claveles, rosales, anémonas, carraspiques, lirios, margaritas, verbenas,

alelíos, celindas... Una tras otra, van cayendo las plantas desmembradas y desgajadas, con las flores tronchadas y deshojadas, sobre el montón. Mis hermanos y yo le observamos con lágrimas en los ojos, llenos de impotencia y de estupor, incapaces de entender tanta irracionalidad. Protestamos tímidamente, aunque no hacemos nada para impedir la barbarie, ya que mi padre empuña una vieja y mellada navaja de ancha hoja, con la que apuñala la tierra para cercenar las raíces y tememos que, en un momento de ofuscación, pueda darle otro uso a esa navaja. Al cabo de un rato las paredes del patio se han quedado vacías, desnudas, desangeladas. Donde antes había colorido y belleza ahora sólo hay manchas y desconchones. El espectáculo que presenciamos es atroz, tal vez el espectáculo más horrible que yo he presenciado jamás en mi vida. Intentamos convencer a nuestro padre de que desista, intentamos salvar lo poco que queda, pero él no nos escucha y sigue destruyéndolo todo. Su actitud es tan estúpida, su crueldad tan absurda y tan gratuita, que no sabemos qué hacer. Y, sobre todo, nos preocupa el doloroso impacto que la visión del patio le ocasionará a nuestra madre.

Evidentemente mi padre no tenía ningún derecho a enfadarse por algo tan previsible como el retraso de un tren (fuera o no fuera esa la causa), pero, sobre todo, no tenía ningún derecho a destruir tanta belleza. Con el tiempo le perdoné que no me comprara el helado, le perdoné que no me comprara la cartera, pero eso es algo que nunca he podido perdonarle.

Otra imagen. Es ésta una imagen terrible y bestial en la que veo a mi padre golpear la cabeza y la espalda de mi hermano Vicente con una bicicleta. Éste ni siquiera se defiende o trata de escapar y creo que eso es lo que más me llama la atención de esa imagen. Con humilde resignación, Vicente se limita a cubrirse la cabeza con las manos mientras recibe los golpes estoicamente, sin llorar ni quejarse. Era verano y Vicente, al parecer, había cogido la bicicleta de mi padre y se había ido con ella a dar una vuelta por el campo, en vez de quedarse a dormir la siesta como él le había ordenado. Cuando regresó del paseo, mi padre, que se había percatado de su ausencia, le arrebató la bicicleta y, lleno de furia, comenzó descargarla sobre él con todas sus fuerzas. Yo era muy pequeño, pero puedo ver todavía a Vicente, como en una estampa antigua, tapándose la cabeza con las manos, aceptando el hecho de que, acaso por excesiva severidad, su propio padre pueda matarlo, antes que cuestionar su autoridad. Por fortuna, mi hermana Loli llegó a tiempo, agarró la bicicleta, contuvo como pudo a mi padre y evitó así la tragedia.

En la siguiente instantánea estoy sentado a la mesa con toda la familia. Es el momento del almuerzo y mi madre acaba de traer el guisado o el potaje en una fuente, que coloca en el centro de la mesa, sobre un salvamanteles. Cerca de nosotros, junto a la pared, está el aparato de radio (uno de esos aparatos antiguos, tan grande como un televisor, que hay que encender un rato antes “para que se caliente”). Mi padre escucha, con el semblante muy serio, el Diario Hablado de Radio Nacional de España (por las noches, como luchó en el bando republicano y es antifranquista, escucha Radio Pirenaica). Todos permanecemos callados, ya que mi padre no soporta que hablemos ni que hagamos el menor ruido mientras escucha las noticias. No obstante, sin que sepamos muy bien por qué, desde luego por algún motivo insignificante (un bisbiseo entre mis hermanas, el chirrido producido al arrastrar una silla, el conato de una carcajada rápidamente sofocada), mi padre estalla de pronto en cólera y, antes de que nos demos cuenta, coge la fuente con la comida y la arroja contra la pared. Es ésta una imagen muy recurrente de aquellos años, pues se produjo con cierta frecuencia, y siempre veo habichuelas, patatas, garbanzos o espinacas por las paredes, salpicones de salsa en los cuadros o en los muebles. Y lo peor de todo: la sensación de frustración en el estómago al saber que el nutritivo potaje que había preparado mi madre acaba de volar por los aires y nos hemos quedado sin comer.

Otra imagen: En esta ocasión mi padre está muy enfadado conmigo y con mi hermano Antonio porque no hemos ido a recoger unas tablas que le mandaron desde un

almacén de Alcázar de San Juan y que, al parecer, quedaron abandonadas en la estación. Sin duda, se trata de un olvido involuntario, ya que no me imagino a mí mismo capaz de desobedecer una orden de mi padre. Sea como fuere, mi padre está furioso con nosotros y nos persigue con una soga en la mano por toda la casa para castigarnos. Los dos huimos despavoridos de una habitación a otra y durante un rato conseguimos esquivarlo. Mi hermano Antonio se lo toma ya como un juego y se esconde debajo de una cama. Pero yo quiero acabar de una vez con esa situación y, finalmente, al ver venir a mi padre, en vez de correr, me detengo de pronto delante de él y lo miro fijamente a los ojos, como diciéndole: “Bueno, aquí estoy, pégame si te atreves”. No soporto el terror de estar huyendo y escondiéndome de él todo el día y prefiero, sencillamente, que me dé unos cuantos golpes y que después me deje en paz. Pero, curiosamente, mi padre, al ver que le miro a los ojos con tanta osadía, se siente intimidado, me aparta a un lado, sin rozarme siquiera con la soga, y sigue corriendo detrás de mi hermano. Lo localiza debajo de la cama y le propina fuertes zurriagazos en las piernas desnudas. Antonio escapa de allí lloriqueando y gritando y mi padre le persigue, dándole más y más zurriagazos... Desde entonces nunca he podido ignorar el poder que a veces tiene una mirada.

A pesar de todo lo que acabo de contar, mi padre no era en realidad un hombre violento. Jamás le vi pegar o maltratar a mi madre y muy rara vez nos pegó o nos castigó a los hijos (aunque, cuando lo hizo, siempre fue salvajemente y casi sin motivos). Trabajaba sin descanso, incluso a veces los domingos, no bebía alcohol, no jugaba a las cartas, no iba a los bares, no frecuentaba los prostíbulos, fumaba sólo un cigarrillo después de las comidas y, por supuesto, nunca malgastó una sola peseta. Además de eso, era un hombre muy estricto y honrado en sus deberes como ciudadano, incapaz de robar o de engañar a nadie. También era muy silencioso, muy ordenado, muy limpio y muy meticuloso.

Pero mi padre no era lo que se dice *un padre* o lo que se entiende por *un padre*. Él nunca se interesó por sus hijos. No sólo por mí, sino por ninguno de sus otros hijos e hijas. Mi padre nunca nos dio un consejo, nunca nos preguntó sobre esto o aquello, nunca nos consoló por alguna desdicha o se apiadó de nuestros sufrimientos. Causaba, sin embargo, en la gente muy buena impresión, ya que reunía las cualidades del “hombre bueno y trabajador”, esa clase de hombre serio que posa muy bien en los entierros, “uno de esos hombres”, como decía de él la gente, “que no hablan por no pecar”. Sin embargo, por lo que pude observar, no había en él nada humano, ningún sentimiento humano, ninguna inquietud humana. Jamás vi en él una muestra de ternura o de conmiseración hacia nadie. No es que fuera malo (los hombres malos en determinados momentos o con determinadas personas pueden ser a veces muy tiernos y cariñosos), pero tampoco fue bueno. Él nunca hizo daño intencionadamente a nadie. De hecho, yo creo que le repugnaba la maldad, pero de igual modo que le repugnaba la bondad.

No obstante, mi padre amaba el orden y la armonía de la vida civilizada. Era un ciudadano muy correcto, consciente más de sus deberes que de sus derechos. Él nunca hubiera podido arrojar escombros o basura, por ejemplo, en un sitio inadecuado, no autorizado por el Ayuntamiento. Era de esa clase de personas que si ven algún objeto caído del mobiliario urbano lo recogen y lo colocan en su sitio. Mostraba esa clase de solidaridad corporativa con los humanos que a veces ni siquiera muestran muchos hombres buenos. Pero ese sentimiento de solidaridad colectiva o corporativa lo tienen también las hormigas, las abejas o las termitas y no por ello experimentan la menor inquietud moral acerca del bien o del mal.

Supongo que esa manera de ser, un tanto fría y *deshumanizada*, de mi padre podría entenderse de algún modo si tenemos en cuenta las circunstancias familiares que le tocó vivir: tuvo cinco hermanas y su padre, que murió cuando era un adolescente, apenas se ocupó de él, de modo que fue el único varón entre seis mujeres (incluida la madre) y,

además, el más pequeño. Pienso que aquellas mujeres debieron mimarle y cuidarle en exceso. Y seis mujeres mimando a un niño de carácter débil, un niño tímido e introvertido, pueden convertirle en un monstruo, pueden hacer de él un narcisista y un egotista insoportable. Lo que es en realidad mi padre. Pondré un sólo ejemplo: actualmente en su mesilla de noche hay un portarretratos con una fotografía. No es una fotografía de su mujer, de su madre o de sus hermanas, no lo es tampoco de sus hijos o de sus nietos, ¡sino de sí mismo con más de sesenta años!

Mi padre, Pedro Menchén Crespo, nació en Valdepeñas en 1917. De joven era muy guapo y mi madre, Antonia Torres López, que nació en Argamasilla de Alba, en 1921, se enamoró locamente de él. Ella tenía quince o dieciséis años cuando se conocieron y él unos diecinueve o veinte. Eso fue en tiempos de la República. Poco después estalló la Guerra Civil, Argamasilla de Alba quedó en la zona republicana y mi padre fue reclutado por las milicias para luchar contra Franco. Le llevaron al frente de Aragón con veinte o veintiún años. Mi padre había llegado con su familia hacía poco tiempo a Argamasilla de Alba, procedente de algún pueblo de La Mancha. ¿Moral de Calatrava, Membrilla, Valdepeñas? Mi abuelo, Melchor Menchén Sánchez, nacido en Membrilla, era panadero y deambuló con su familia por todos esos pueblos (mi padre, aunque nació en Valdepeñas, pasó su infancia en Membrilla y en Moral de Calatrava). Llegó a Argamasilla contratado por una panadería local como “maestro panadero” y murió a los pocos meses, justo antes de estallar la Guerra Civil¹, dejando a su mujer, María Crespo Valdepeñas, y a sus hijos prácticamente en la indigencia, ya que no tenían bienes de ningún tipo. Mi tía Dolores, la mayor, se había casado con un carretero (es decir, un carpintero que construía carros y carretas) de Moral de Calatrava y se fue a vivir allí, aunque pocos años después quedó viuda. Tuvo un único hijo, Antonio, que de mayor trabajó como telegrafista (instalaba o reparaba el tendido del telégrafo), el cual era aficionado a las armas de fuego y a la caza mayor, aunque curiosamente no comía la carne de sus presas y la regalaba a conocidos y amigos. Antonio se casó y se estableció en Tomelloso, pero no dejó descendencia. Mi tía Inés, la penúltima, era “costurera de corte y confección”. Con los escasos ingresos que obtenía con la aguja y el dedal (la recuerdo siempre sentada en una silla baja, junto a la puerta del patio, con una tabla de madera en las rodillas, un trozo de tela entre sus manos y la boca llena de alfileres) sobrevivieron durante años ella y mi abuela María. Mi tía Vicenta ingresó en un convento de clausura de Membrilla (que abandonó durante la Guerra Civil para refugiarse en su casa por temor a ser asesinada por los rojos), adoptando el nombre religioso de Sor Inmaculada. Murió en los años setenta. Tengo prueba gráfica de su visita a Argamasilla (quizá la única vez que salió del convento, después de la Guerra Civil), a donde fue para pasar unos pocos días antes de la muerte de su madre. Otra vez fuimos a verla a Membrilla y nos permitieron entrar unos minutos en sus dependencias privadas para darle un beso). La última vez que la vi, algunos años después, fue dentro de un ataúd, vestida con un hábito blanco y un rosario en las manos, completamente cubierta de flores. Nunca he visto un ataúd tan bonito. Realmente parecía una santa. Y creo que, efectivamente, lo era. En cuanto a mis tías Josefa y Ana María, no tuvieron más opción que ponerse a servir y lo hicieron para sendas profesoras de Ciudad Real. Yo las veía en Argamasilla durante las vacaciones de verano, Navidad o Semana Santa. Eran muy serias y reservadas. O quizá muy estiradas. Más que criadas, parecían considerarse a sí mismas institutrices, señoritas de compañía o algo así. Las dos tuvieron novios, pero los mataron en la guerra y no volvieron a comprometerse nunca más con ningún hombre, de modo que murieron vírgenes. Mi tía Inés, de carácter muy susceptible y levantisco, no tuvo novio ni lo quiso. Una vez la pretendió un mozo del pueblo, pero cuando la acompañó hasta su casa le dio, literalmente, con la puerta en las

¹ Su muerte súbita, dado que no tenía ningún problema de salud, sorprendió tanto a mi abuela María que la atribuía a un “envenenamiento” por celos profesionales. (N. del A.)

narices. Supongo que era lesbiana. A decir verdad, no sé si le gustaban las mujeres, pero lo que sí sé es que no le gustaban nada los hombres. Mi padre, pues, fue el único miembro de la familia que perpetuó el apellido Menchén.

Cuando acabó la Guerra Civil mi padre, aunque había luchado en el bando republicano, se libró de la cárcel y del campo de concentración (quizá incluso de una posible ejecución) gracias a los buenos informes que las nuevas autoridades obtuvieron de él (ya he dicho que solía caer bien) o a la circunstancia atenuante, supongo, de ser hermano de una religiosa. Aún así, tuvo que hacer un año de mili en Teruel, en el ejército franquista. Cuando por fin regresó a Argamasilla de Alba, se puso a trabajar como panadero y se casó con mi madre¹. Vivían en una humilde casita de la calle Don Quijote, propiedad de mi abuelo Jose Vicente Torres Angulo, padre de mi madre, y fue allí donde, con la ayuda de una comadrona, mi madre tuvo un aborto y dio a luz a sus cinco hijos: dos hembras y tres varones. Yo fui el cuarto en nacer, el 17 de mayo de 1952. Pesaba cinco kilos, por lo que mi madre debió de sentirse muy aliviada cuando salí de su vientre. La casa de la calle Don Quijote, donde vivimos hasta finales de los cincuenta, era de una sola planta, aunque tenía una cueva muy oscura y tenebrosa, a la que yo apenas me atrevía a bajar. Un tragaluz al fondo de la misma, protegido por una rejilla, al nivel de la acera, era su único foco de iluminación. Servía de almacén para guardar picón, cepas, gavillas, trastos y cosas así. La casa también tenía un pequeño patio y un corral donde estaban el retrete, el basurero, el gallinero, la pila de lavar y la pocilga del cerdo. Las únicas dependencias habitables era un salón-cocina, con una chimenea y una ventana a la calle, además de un dormitorio, dividido en dos partes por una cortina, con una ventana al patio interior. En la parte del fondo dormían mis padres y en la otra mis hermanos y yo, repartidos en dos camas. Algún tiempo después mi padre hizo remodelaciones en la casa e instaló allí una panadería. Puso un horno en la alcoba y las camas fueron trasladadas al salón-cocina, que era ahora el único espacio habitable. Yo no recuerdo nada de eso, pero sé, por los comentarios que oí, que había tan poco espacio en la casa que mi padre tenía que guardar los sacos de harina debajo de las camas. Mi madre solía hacer la masa y mi padre se ocupaba de cortarla y de cocer los panes. Algunas personas iban allí con su propia masa a hacer sus panes en el horno y le pagaban a mi padre con dinero o con cierta cantidad de masa. La panadería funcionó durante unos 4 ó 5 años. Pero era la época del estraperlo y, al carecer de permiso legal, no podía beneficiarse de las ayudas oficiales, así que, cuando mi padre no pudo costear la harina, cerró el negocio y se puso a trabajar por cuenta ajena en la panadería de un tal Vicente Serrano. Más adelante se pasó a la de otro llamado Llanos, en la que también trabajó mi hermano Vicente. Y luego (pero eso fue cuando ya nos habíamos trasladado a una casa mucho más amplia y confortable de la calle Pasión) mi padre dejó de trabajar como panadero y abrió una carpintería en la calle General Aguilera. Por lo visto, había aprendido el oficio de muchacho con un ebanista de Moral de Calatrava.

La familia de mi padre no era lo que suele considerarse una familia convencional española de la época. Aquellas seis extrañas mujeres que yo conocí no eran, a decir verdad, nada afectuosas. Se parecían demasiado a mi padre. Eran personas muy frías y distantes, muy reservadas, serias y ceremoniosas, además de silenciosas. Jamás sonreían. Jamás pronunciaban una palabra de más. No. Nunca hablaban por hablar, como suele ser tan habitual en este país. Supongo que se consideraban a sí mismas superiores en algún sentido y que menospreciaban a mi madre por ser ésta una simple campesina. Durante largos períodos de tiempo, por los motivos más anodinos, ni siquiera nos hablaban. Hasta el punto de que a veces nos cruzábamos con ellas y ni siquiera nos reconocían. Un día mi tía Inés

¹ La boda se celebró a las 7 de la mañana por estar mi madre embarazada de varios meses de mi hermano Vicente y no asistió a la misma nadie de su familia ni hubo festejo de ningún tipo. Tal era el castigo que se les imponía entonces a las mujeres que quedaban embarazadas fuera del matrimonio. (N. del A.)

saludó a una mujer por la calle y le dijo: “¡Vaya, qué niño tan hermoso tienes!”. “Pero leche, ¿es que no lo conoces?”, le dijo la mujer con el peculiar estilo manchego. “¡Si es tu sobrino Pedro!” Mi tía Inés hizo un gesto de desaire y se alejó sin despedirse siquiera.

La familia de mi madre, sin embargo, era muy distinta. Tanto mi abuela como mi abuelo eran agricultores. A mi madre la llevaron pocos meses después de nacer a la finca Las Pachecas, donde vivió buena parte de su infancia. Sólo asistió un año a la escuela y aprendió a leer y a escribir a duras penas. Por contra, las hermanas de mi padre eran “urbanas”, “forasteras” (es decir: “cosmopolitas”), habían viajado y habían conocido otros pueblos o ciudades y, por supuesto, nunca habían trabajado en el campo. A veces nos mandaban cartas, escritas con pluma de tinta, en las que no podíamos dejar de admirar la bella y elegante caligrafía. Mi propio padre tenía también una letra muy elaborada. Y luego estaban los modales de aquellas mujeres. Eran todas tan hieráticas y tan herméticas. Hablaban en voz tan baja, se movían de un modo tan pausado. No sabíamos qué, pero había en ellas algo antiguo e inescrutable. Físicamente eran muy distintas de las demás mujeres del pueblo. Mucho más delgadas, frágiles y delicadas. Tenían una piel muy fina, casi transparente, y muy blanca, puesto que nunca la exponían a los rayos del sol. Mi madre, sin embargo, la tenía casi siempre sonrosada, cuando no morena, por las muchas horas que pasaba al aire libre.

Curiosamente, la familia de mi madre se componía también de otras seis mujeres, incluyendo a la madre, Antonia López Lara, y de un único varón: el padre, José Vicente Torres Angulo. Por las referencias que tengo de él (apenas lo recuerdo pues murió en 1955, cuando yo tenía tres años y medio), parece que era un hombre de carácter, muy respetado por la gente del pueblo, uno de esos hombres justos que saben mantener la palabra dada, un manchego adusto y viril, con sentido del honor y también del humor (lo que es un signo de inteligencia). Fue, durante muchos años, “el mayoral de 14 pares de mulas” en la finca Las Pachecas, situada a unos 3 ó 4 kilómetros de Argamasilla de Alba, propiedad de los marqueses de Casapacheco, don Joaquín y doña Margarita, quienes residían allí habitualmente, excepto en invierno. Mi abuela era la encargada de preparar la comida a los gañanes, aunque más adelante fue exonerada de dicha obligación, ya que apenas tenía tiempo para atender a su propia prole. Mi madre vivió en la finca Las Pachecas hasta que mi abuela decidió trasladarse a Argamasilla con todas sus hijas para que éstas pudieran asistir a la escuela. Pero, por desgracia, murió poco después a causa de “una pulmonía doble” y las cinco niñas, la mayor de las cuales tenía unos doce o trece años (mi madre ocho), se quedaron solas y desamparadas.

La muerte de aquella mujer (que quizá hubiera podido evitarse) fue debida a circunstancias tristemente desafortunadas y refleja muy bien el carácter y la mentalidad de la época. Tenía entonces Antonia López Lara treinta y nueve años y estaba embarazada, de siete meses, de su sexto hijo o hija (no se sabe). Como ya he dicho, se acababa de instalar en Argamasilla de Alba, en una gran casa que su esposo (quien, al parecer, tenía recursos suficientes) había comprado para ella y las niñas. La casa disponía de todas las comodidades que eran posibles en aquella época en un pueblo manchego. Así, por ejemplo, mi abuela disponía incluso de dos alcobas para ella, una para los días ordinarios y otra, más suntuosa, para... ¡no se sabe para qué!, tal vez para lucirla cuando alguien iba de visita. Era (y seguía siéndolo cuando yo viví allí) muy propio de los pueblos manchegos tener en las casas alcobas, salones o comedores muy bien amueblados que no se utilizaban nunca, que permanecían siempre cerrados y que sólo se abrían una o dos veces al año, con motivo de alguna fiesta o para mostrarlos a las visitas. Sea como fuere, el caso es que mi abuela tuvo que ir a un entierro y quiso la fatalidad que lloviera durante el trayecto de su casa a la del difunto. Era primavera y sólo llevaba puesto un sencillo vestido y un chal en los hombros, que quedaron empapados. Es probable que pasara más tiempo de la cuenta con aquellas

prendas mojadas sobre su cuerpo y, cuando regresó a su casa, a mediodía, ya se sentía mal. Se cambió de ropa y se acostó, pero no en la cama “para no deshacerla”, sino en el suelo, al lado de la cama de diario, sobre una piel de borrego que servía de alfombra. El frío del suelo, durante las horas que estuvo allí tumbada y mal abrigada, naturalmente, acabó por empeorar su estado. Al día siguiente ya estaba enferma y cuando quisieron llamar al médico local fue tarde. Mi abuelo no escatimó gastos ni esfuerzos en su afán por devolverle la salud. Recurrió incluso a médicos de otros pueblos, los cuales se reunían en el salón para debatir sus puntos de vista sobre la enfermedad de mi abuela o sobre los mejores tratamientos a seguir, tratamientos que, quizá, sólo fueron paliativos o jarabes. También le practicaron alguna sangría con ventosas, pero todo fue inútil.

Viendo que iba a morir, mi abuela quiso decir adiós a sus hijas y, una vez que la incorporaron en la cama y la acomodaron entre almohadones y cojines, con no poca dificultad, ya que no podía respirar y sufría frecuentes ahogos, las fue llamando, una a una, para besarlas y decirles una última palabra de despedida.

—Que venga mi hija María —decía mi abuela. Llamaban a la niña, que aguardaba, junto a las demás, en una habitación contigua, y una vez dentro de la alcoba, se acercaba temblorosa al lecho de su madre, donde ésta le cogía las manos, la miraba con ternura y le daba algún breve consejo o le decía alguna palabra cariñosa—: Cuida de tus hermanas pequeñas, hija mía, pues para eso eres la mayor, y obedece siempre a tu padre... Ya conoces su carácter... ¡No le contradigas! Siempre has sido buena y razonable, hija mía, y estoy segura de que cumplirás con tu deber... Y ahora, vete. No llores para que no se asusten tus hermanas... Recuérdame y reza de vez en cuando alguna oración por mí...

Quando María, conteniendo las lágrimas, salía de la alcoba, mi abuela decía:

—Que venga ahora mi Felipa.

(O “mi Angelines” o “mi Antonia” o “mi Vicenta”).

Y así fueron pasando todas ellas, una a una. Poco después expiró. Era el 13 de abril de 1929. Habían pasado únicamente diez o doce días desde aquel malhadado entierro en el que le sorprendió la lluvia y aún quedaban en la despensa algunos de los mantecados y rosquillas que la pobre mujer había preparado para sus hijas con motivo de la Semana Santa.

Algo más tarde, cuando ya la habían amortajado, mi madre se acercó furtivamente a la alcoba para verla y pudo observar con pavor que aún se movía, dentro del vientre de la difunta, el cuerpo nonato del bebé de siete meses. De hecho, todas las personas que allí había observaban lo mismo en profundo silencio, pero nadie dijo o hizo nada hasta que el bebé, finalmente, dejó de moverse.

Mi abuelo José Vicente Torres (ya curtido en desgracias, pues él mismo había quedado huérfano a los siete años, edad en la que tuvo que ponerse a trabajar), después de quedarse viudo, siguió en Las Pachecas como mayoral. Una hermana suya casada se instaló con su marido en la casa para cuidar de las niñas hasta que, al cabo de un año, mi abuelo regresó a Argamasilla y empezó a labrar sus propias tierras, que hasta entonces había tenido arrendadas. Poco después se casó con Francisca López Salazar, una sobrina de su difunda esposa, catorce años más joven que él, dándole así una segunda madre a sus hijas. Naturalmente, tuvo que recurrir a la ayuda de ellas, algunas de las cuales ya eran unas mujercitas, para las tareas agrícolas. Francisca López pronto se quedó embarazada y le dio un hijo. Después le dio otro y luego otro. Tres hijos varones seguidos que, con las cinco niñas del primer matrimonio, sumaban ocho hijos en total. Había demasiado trabajo en la casa y en el campo para todas aquellas muchachas, así que, por unas circunstancias o por otras, mi madre sólo pudo asistir a la escuela durante un curso, con ocho o nueve años. Era un colegio de monjas de pago, adonde iban sólo los niños ricos del pueblo, según recordaba siempre, y lo sufragó el marqués de Casapacheco. Las hermanas de mi madre, María,

Felipa, Angelines y Vicenta, no tuvieron tanta suerte ya que no acudieron nunca a ningún colegio. Me resulta, pues, admirable que mi madre aprendiera a leer y a escribir con cierta soltura, a pesar de haber asistido a un solo curso escolar y a una edad tan temprana. Ya de mayor, la recuerdo siempre con sus revistas del corazón, que compraba cada semana y leía metódicamente desde la primera página hasta la última. También leía algunos libros. Los mío con asombrosa rapidez. E incluso, según descubrí después, mis manuscritos inéditos sin que yo me percatase de ello.

La casa de mi abuelo Jose Vicente Torres, con sus gruesas paredes de tierra enjalbegadas de blanco, sus puertas y portaladas de madera pintadas de verde, su cueva y sus cámaras, sus patios empedrados (en medio de los cuales había un aljibe o un pozo), sus corrales y sus porches donde se estacionaban los carros, las tartanas y las galeras, era el ejemplo vivo de la casa tradicional manchega. Como todas aquellas casas, la de mi abuelo tenía dos entradas distintas: una para los carros y los animales, por la calle Pasión, y otra, para las personas, por la calle Encuentros. No obstante, esta entrada rara vez se usaba, por lo que normalmente permanecía cerrada. La entrada de la calle Pasión, sin embargo, estaba abierta siempre y cualquiera podía entrar por ella sin llamar (de todas formas, aunque llamara, si la gente estaba en las dependencias de la calle Encuentros, es probable que ni siquiera le oyeran). En realidad, podría decirse que eran dos casas distintas unidas en el centro por varios patios y corrales comunes. En uno de los patios había una higuera a la que yo solía trepar en verano para coger higos. Siempre sentí fascinación por aquella higuera. Subía rápidamente por ella y avanzaba por algunas ramas que sobresalían por encima de los tejados. Pero el descenso ya no era tan fácil, debido al vértigo que experimentaba de pronto en las alturas, y a veces me quedaba colgado de alguna rama, por ese motivo, comiendo higos, más tiempo del que hubiera deseado.

Aparte de aquel patio había un par de corrales, dentro de los cuales estaban las cuadras para las mulas, las pocilgas para los cerdos, el gallinero, el palomar, las madrigueras de los conejos, el cuarto con las artesas donde se lavaba la ropa, los retretes, el foso para la basura...

Además de los numerosos gallos y gallinas, éstas rodeadas siempre de sus polluelos, las palomas, los cerdos y los conejos, recuerdo haber visto en aquellos corrales cabras y pavos. Había también varios gatos medio asilvestrados, que mantenían a raya a los ratones, y varios perros, sobre todo galgos, que mis tíos utilizaban para la caza.

En medio de los corrales solían estar los arados y la maquinaria pesada y en algunos cuartos con las ventanas condenadas y las paredes enjalbegadas pero sin enlucir, de la calle Pasión, estaban los aperos de labranza: las azadas, las hoces, las guadañas, las horcas, las cribas, los trillos y las fanegas para medir el grano, así como la guarnición y los jaeces de las mulas y caballos, colgados de grandes ganchos en las paredes. En el lado de la calle Encuentros estaban las alcobas, además de las cocinas (dos como mínimo), los salones o comedores y las despensas, todo ello en la planta baja. En la planta de arriba estaban las “cámaras” o cobertizos, donde se guardaban las legumbres, las patatas, las cebollas, el trigo, la avena, el maíz, la harina, la alfalfa y el pienso para los animales. Recuerdo colgados de las vigas del techo de aquellas cámaras, durante el invierno, numerosos melones y racimos de uvas, ristras de ajos y pimientos, calabazas, mazorcas de maíz... En la planta baja o en el sótano, que eran los lugares más frescos, estaban las despensas donde se guardaban los alimentos de uso cotidiano: el tocino y los jamones en salazón, los chorizos en aceite, las morcillas ahumadas, las costillas en adobo, el bacalao seco, las sardinas en salmuera, las orzas llenas de aceitunas, de berenjenas en vinagre o de otros encurtidos, los tomates en conserva, las confituras y mermeladas, el aceite de oliva, la miel, los quesos, el arropo, el mostillo, el dulce de membrillo, los higos secos, las uvas pasas, las avellanas, las almendras, las semillas de girasol, las castañas y bellotas, las especias de todo tipo y, por

supuesto, el vino almacenado en toneles o tinajas. Mi madre recordaba siempre, con orgullo, la gran abundancia y variedad de alimentos que había siempre en aquella casa, donde jamás se conoció el hambre, ni siquiera en los peores días de la posguerra.

No era, sin embargo, mi abuela Francisca o, mejor dicho, mi abuelastra (a la que recuerdo siempre con una saya negra, un mandil y una faltriquera), muy cariñosa conmigo. No me dijo nunca una palabra amable ni me dio un beso. De algún modo, me sentía incómodo en su presencia cuando iba a aquella casa, así que corría a esconderme en la higuera. Creo que no me consideraba su nieto. Ni yo llegué a considerarla tampoco a ella una verdadera abuela. Eso me induce a pensar que, aunque fue correcta con las hijas de su marido, en el fondo no debió de ser “una madre” para ellas.

Mi madre nos hablaba mucho de mi verdadera abuela, Antonia López, por la que sentía auténtica veneración, cuando éramos niños. Una fotografía color sepia nos la mostraba, joven y hermosa, con una toquilla de lana sobre sus hombros, las sayas largas y el abanico en la mano, muy derecha, al lado de un macetero. Oí cosas maravillosas de esta abuela. Mi madre, aunque sólo pudo disfrutar muy poco tiempo de su compañía, recordaba numerosas anécdotas y nos las contaba siempre con tan vívidos detalles que creíamos estar viéndola.

A mi abuelo Jose Vicente Torres le recuerdo siempre fatigoso, con su traje de pana negra, sentado en la puerta de su casa al atardecer, tomando el fresco. Es lo único que recuerdo de él, salvo una cajita que me dio en cierta ocasión, dentro de la cual yo guardaba la goma de borrar y los lapiceros. No sé si un gesto cariñoso alguna tarde al acercarme a él. El día en que murió sentí una profunda tristeza, no tanto por su muerte, como por la muerte misma. A partir de entonces me daba miedo entrar en aquella casa. Me daban miedo las habitaciones tan grandes y frías, llenas de muebles oscuros y retratos de familiares lejanos, todos ellos muertos, la mecedora donde días antes había estado sentado, la despensa o la higuera a la que me encaramaba para coger los higos y comerlos. A veces tiraba desde arriba las cáscaras al suelo del patio, por lo que la abuela Francisca se enfadaba conmigo y no me permitía volver a treparla en mucho tiempo.

Mis tíos ya eran mayores. Dos de ellos habían vuelto de la mili y se dedicaban a labrar la tierra. No se llevaban bien entre ellos porque unos trabajaban más que otros y se lo echaban en cara. Uno de ellos se iba muchas tardes al bar. Tenía una novia que vivía junto al río y la visitaba por las noches. Los otros se echaron novia más viejos. Mis tías, puesto que eran mayores que mi madre, también se habían casado hacía tiempo y todas tenían tierras que habían comprado con grandes esfuerzos y sacrificios. Mi padre era el único que ejercía un oficio artesano en la familia.¹

Desde siempre he atribuido al origen teutónico del apellido Menchén (que supongo judío) el peculiar carácter de la familia de mi padre. Desde muy niño había oído decir que, algunas generaciones antes, un alemán se había casado con una española (en Membrilla o en Manzanares) y que nosotros éramos descendientes de aquella pareja.

El silencio y el recogimiento en la antigua casa donde vivían mi abuela María y mi tía Inés (una pequeña y angosta casa con un patio umbrío en el que había una celinda tan grande como un árbol, que se cubría de flores blancas en mayo) se hacían a veces muy opresivos. Por lo visto, se enfadaban si no íbamos a visitarlas, así que mi madre me decía a veces: “Anda, Pedrito, ve a estar un rato con la abuela y la tía”. Pero, cuando yo entraba en

¹ En 2006 ya había escrito buena parte de este libro cuando descubrí, por casualidad, un bosquejo autobiográfico titulado *Narrativa n° 7*, escrito en 1976; es decir, treinta años antes. A él pertenecen éste y los demás textos en cursiva que aparecen en diferentes capítulos de la primera parte. (N. del A.)

aquella casa, tenía enseguida la sensación de molestar. No sabía dónde sentarme, qué decir o qué hacer. Cualquiera movimiento las contrariaba: “No pases por ahí”, “Ten cuidado con el poyete, que lo acabamos de encalar”, “No hables tan fuerte”, “Siéntate en esa silla y no te muevas”. Y jamás me daban un vaso de leche o una golosina. Había habitaciones de la casa o rincones del salón a los que yo ni siquiera me atrevía a llegar, alacenas o aparadores que presentía en la penumbra y que no podía escrutar, aunque me intrigasen poderosamente. ¿Qué guardarían aquellos frascos?, me preguntaba, ¿qué esconderían aquellos cajones? Mi abuela y mi tía, estoy seguro, se alimentaban muy frugalmente (ambas eran muy delgadas), pero yo siempre imaginaba deliciosas confituras, galletas o mantecados, mojamás o embutidos guardados en las alacenas o en los aparadores. Ellas, de cualquier forma, no me ofrecían nada y, cuando al fin me marchaba (después de quedarme más tiempo de la cuenta porque no sabía cómo iniciar el ritual de la despedida), tenía la sensación de que se alegraban ya que ahora podrían ellas merendar a sus anchas, sin compartir conmigo ninguna de las exquisiteces que tan celosamente escondían.

En realidad, y para ser justo, debo decir que mi abuela María Crespo era bien distinta de sus hijas e hijo. Tenía un carácter mucho más dulce. Pero mi tía Inés la tenía sojuzgada y apenas se atrevía a abrir la boca en su presencia. Hasta el punto de que, una vez, con más de 80 años, estuvo a punto de arrojarse a las ruedas de un tren por no poder soportar, según le dijo a alguien, el maltrato psicológico de su hija.

La casa era muy pequeña y yo era el cuarto de los hijos, por lo que mi presencia no debió de ser muy bien recibida en aquellos momentos. Cuando nació pesaba 5 kilos y alguien al verme gritó que era un monstruo. Pero fui un lactante tranquilo, que casi no se movía ni daba guerra. Alguna de mis tías se encargó de cuidarme durante los primeros meses, mientras mi madre ayudaba a mi padre en las tareas del horno.

Mi abuelo paterno, Melchor Menchén, también era panadero. No lo conocí. Murió en 1936, en los meses anteriores a la guerra. No hubo curas en su entierro, ya que estos habían huido del pueblo. Militó, creo, en el Partido Socialista. Tuvo una cierta concienciación política, pero ignoro de él más datos u anécdotas, dado el carácter reservado de mis tías y de mi abuela, todas ellas muy aficionadas a venerar su nombre, pero a la vez calladas y enemigas de toda confidencia. Creo que era un hombre recto y de pocas palabras. Un retrato suyo, que presidía una habitación solitaria de mi casa, estuvo vigilando mi juventud y mis movimientos. Su mirada era entonces objeto de mi terror. Ciertamente, desde cualquier ángulo de la habitación me clavaba su mirada y nunca pude descifrar la intencionalidad enigmática de su sonrisa. A mi abuela, María Crespo, y a mis tías sólo las recuerdo por su pulcritud y sus rarezas. La mayor parte de ellas residía fuera de Argamasilla de Alba. Mis tías iban al pueblo sólo para la feria, a principios de septiembre, y nunca acudían a nuestra casa. Había que ir a visitarlas a ellas primero, muy limpios y bien peinados, después de la hora de la siesta. Recuerdo siempre aquellos encuentros. No sabíamos de qué hablar. Ellas no decían nada tampoco. Nos daban, quizá, unos caramelos y nos sentábamos exactamente donde nos indicaban, en unas sillas bajas en el patio, junto a la puerta donde tía Inés –la única que residía en Argamasilla– cosía y cortaba los trajes de encargo que le hacían para la feria, debajo de la cortina de amianto. La abuela, mientras tanto, con una palangana cerca de la silla, se peinaba los cabellos largos y blancos muy lentamente, aunque sin torpezas, pues, aunque era tan mayor, nunca perdió la agilidad de movimientos o la capacidad para razonar. Pero eran muy raras mis tías y, como digo, nunca iban a nuestra casa si nosotros no las visitábamos antes. A los dos o tres días, iban a comer a nuestra casa y recuerdo que para nosotros era todo un acontecimiento. Mis tías Ana María y Josefa servían en Ciudad Real. Una estaba con una

maestra retirada y la otra con unos señores que, según decían siempre, tenían muchas ganas de conocernos en persona, ya que habían visto nuestros retratos y sabían nuestros nombres y la edad de cada uno de memoria. Les daban las revistas viejas de sociedad y algún vestido o chaqueta usados. Algunas de aquellas revistas llegaban hasta mi madre, quien las leía con interés y las cuidaba con esmero. Mis tías, estoy convencido, nunca gastaron dinero en ropa, pues vestían de cuanto les daban sus amas. Pero era agradable verlas siempre tan cuidadosas y tan limpias, con aquellos vestidos de colores frescos y discretos, con las caras y los brazos tan blancos y tan suaves, cuando nos acercábamos a darles un beso. Oían no sé a qué tipo de colonia apenas perceptible. Usaban no sé qué polvos casi incoloros e inodoros que las impregnaba de un sereno atractivo y de una inexplicable belleza. Pero la más rara de todas era mi tía Inés. Se enemistaba enseguida, por el motivo más inconcebible, con mi madre y nos dejaba de hablar. A veces, ella misma rectificaba y buscaba la forma de pedir disculpas para reanudar las relaciones. Otras veces era mi abuela la que llegaba a mi casa desesperada porque la enemistad entre de mi tía y nosotros le resultaba insoportable y le hacía sufrir mucho pensando que era ya muy vieja y que no quería morir con aquella desavenencia familiar. Tía Inés era, además, rencorosa y maniática. No podíamos elegir la silla de nuestro agrado cuando íbamos a su casa. Ella misma te la daba y la situaba en el lugar que le parecía conveniente, sin que pudiéramos cambiarla ni un milímetro. Tampoco podíamos hacer excesivos movimientos, pues la ponían nerviosa. No debíamos llamar a la puerta muy fuerte cuando llegábamos a la casa ni tampoco cerrar de golpe cuando nos marchábamos, aunque ni siquiera teníamos la posibilidad, ya que ella siempre nos acompañaba y cerraba personalmente la puerta. Al cruzar el poyete del salón-comedor te advertía mil veces que no le dieras con el pie y arrancarás el yeso (ella misma lo embadurnaba y arreglaba de vez en cuando). Si llamábamos ya caída la tarde, preguntaba insistentemente quién era y, aún respondiendo que éramos nosotros, no se atrevía a abrir la puerta hasta que, con la cadena puesta, se asomaba por una rendija para cerciorarse de que la respuesta que le habíamos dado era la correcta.

En el piso de arriba vivía la señora Anita, que era la propietaria de la casa. Estaba viuda. Su marido había sido militar en el bando nacional y había muerto en la guerra, por lo que recibía una paga, que era la base de su sustento. Le cobraba un alquiler ridículo a mi abuela, casi protocolario, aunque era significativo para la economía de ella y de mi tía Inés, cuyos únicos ingresos los recibía de los encargos que le hacían como modista. La casa era más bien pequeña, con un patio estrecho y embaldosado, desde donde se bajaba a la cueva, un lugar en el que se conservaban las sandías en verano, el pan y la carne, y donde yo había oído decir que anidaban los murciélagos. En el patio, donde casi nunca llegaba la luz, dado que las paredes eran muy altas, había una celinda en un rincón que florecía todos los años hacia finales de abril o a primeros de mayo. Durante esos dos meses todas sus ramas se cubrían de blanco. Muchos pétalos caían formando una hermosa alfombra blanca sobre el rojo arcilloso de las losas del suelo y los pajarillos cantaban en las ramas más altas, junto a la ventana de la señora Anita. Yo acudía casi todos los años a pedirle flores a mi tía para llevarlas al colegio y colocarlas en el altar que le poníamos a la virgen María. Mi madre a veces se llevaba un ramo a casa y lo colocaba en el centro de la mesa del comedor. Recuerdo que duraba bastantes días si le cambiábamos el agua.

Tales son las cosas que recuerdo de mis tías y mi abuela paternas. Parece ser que mi padre se sintió siempre muy frustrado, durante su adolescencia, por el dominio y la intransigencia de mis tías y mi abuela, que le cercenaban las libertades. Nunca nos quiso a ninguno de nosotros. Ni siquiera a mi madre. A veces, por cualquier cosa insignificante, por cualquier contestación o desobediencia mía o de mis hermanos, se desataba su furia y su instinto más violento y nos pegaba sin piedad ni compasión. Mi madre corría entonces a

retirar las navajas de la mesa y, elevando los ojos al cielo, clamaba misericordia a mi padre, al tiempo que se interponía entre él y nosotros para amortiguar los golpes. Ya desde muy niño comencé a odiarle y a sentir desprecio y desagrado por su persona.

Debía de tener yo unos quince años (recuerdo perfectamente el momento y el lugar: una mañana, justo en el instante en que me asomé al patio) cuando decidí de pronto que era huérfano, que no tenía padre. Aquello era algo en lo que, quizá inconscientemente, venía pensando desde hacía tiempo, después de hacer minuciosas observaciones y de comparar el comportamiento de mi padre con el de otros padres. Aunque, más que decisión, bien podría decirse que fue una revelación, un descubrimiento empírico como el que tuvo Newton al ver caer la manzana del árbol. ¡Pero si era una obviedad! ¿Cómo no me había dado cuenta de ello antes? Allí había un señor, un *bulto*, alguien que iba y venía a ciertas horas por la casa, alguien con quien compartíamos la mesa a la hora de comer, alguien que se acostaba por las noches con mi madre, alguien que me había dado su apellido y su sangre (de eso no tenía ninguna duda), *pero no era mi padre. ¡Yo no tenía padre!*

Después no he tenido oportunidad de cuestionar mi decisión, ya que los hechos la han sancionado con creces. Mis hermanos se sienten a veces un poco decepcionados o desilusionados con él. Se quejan del comportamiento tan poco sensible de su padre... ¡pero es porque aún no han aceptado que no tienen padre! A mí, sin embargo, nunca más me ha decepcionado o me ha desilusionado, ya que no he vuelto a poner en él las expectativas que todo hijo pone en la figura de un padre.

II. LOS CINCUENTA

Comienzo a escribir este libro en enero de 1995. Tengo 42 años, por lo que soy relativamente joven y, sin embargo, qué lejos me parece ahora todo lo que cuento sobre mi infancia. Casi tengo la sensación de estar hablando del siglo XIX, de la Rusia prerrevolucionaria o algo así. Dije que mi hermana cocinaba en una sartén con patas, en un fuego de leña... El petróleo, lo más moderno en cocinas y en calefacción durante aquel tiempo, ni siquiera estaba a nuestro alcance, ya que éramos pobres.

En Argamasilla de Alba, un pueblo de unos siete mil habitantes en los años sesenta, lugar de gran tradición cultural por hallarse allí la cueva de Medrano, donde se cree que Cervantes comenzó a escribir el Quijote y en cuyo término municipal nace el río Guadiana¹, no había en aquella época, todavía, agua corriente. No la hubo hasta 1972, un par de años después de que yo me marchara a Madrid. Para beber o para lavarse había, pues, que sacar el agua con un cubo y una garrucha de los pozos y aljibes. En las casas donde yo viví no había pozos, sino aljibes. Los aljibes se llenaban con agua del río, la cual era canalizada a través de acequias subterráneas, ramificadas por las diversas calles del pueblo, de las que partía una toma particular para cada casa. Había ciertas horas del día en que fluía agua y otras no, dependiendo del caudal del río o de la que se utilizara para el riego. No creo que fuese tratada o analizada nunca. Una vez al año se solía vaciar el aljibe para limpiarlo y quitar el lógamo y las impurezas que se habían ido acumulado en el fondo. Mi madre, cada vez que enjalbegaba el brocal, solía echarle al agua algunas gotas de cal para mantenerla libre de gérmenes y bacterias. Sin duda, fue ese el motivo por el que acabaron formándosele varios cálculos renales y sufrió algunos cólicos nefríticos que la llevaron al hospital. En una de las intervenciones quirúrgicas por las que tuvo que pasar finalmente le extirparon un riñón. La higiene y el aseo personal, sin agua corriente, no era fácil en tales condiciones. Era complicado lavarse en verano y mucho más en invierno. El sistema más expeditivo consistía en arrojarse uno mismo (o que te arrojaran otros) cubos de agua sobre la cabeza, los hombros o la espalda. También podías lavarte los pies, pero nunca, o muy pocas veces, llegabas a otras zonas del cuerpo, pues no era conveniente quedarse completamente desnudo en un lugar como el patio, donde no había intimidad ya que existía el riesgo de que apareciera alguien procedente de las habitaciones de la casa o incluso de la calle (la puerta no se cerraba nunca). Para lavados más rápidos, o menos exhaustivos, de la cara o las manos utilizábamos una palangana. Lo que quiere decir que te enjuagabas con agua sucia. En invierno, a decir verdad, con el frío y demás, sólo nos lavábamos la cara y las manos. Quizá el pelo, con agua caliente, una vez a la semana. Pero eso era algo excepcional. No existían los cuartos de baño. Los retretes eran simples fosas sépticas o “pozos negros”, con asiento y tapa de madera. Cuando dichos pozos se llenaban, los vaciaban unos hombres que se dedicaban a tales tareas (provocando un olor nauseabundo que invadía toda la casa y que a veces duraba días) o simplemente los sellaban y abrían nuevas fosas sépticas en lugares distintos. Por supuesto, no se usaba papel higiénico, sino trozos de papel de estraza del mercado u hojas de periódicos. Y luego estaban los orinales (normalmente uno debajo de cada cama), de los que se hacía uso para evitar tener que ir al

¹ O nacía, ya que Ruidera se separó de Argamasilla de Alba en 1990. (N. del A.)

retrete (que estaba en el corral, en el otro extremo de la casa) a cualquier hora de la noche... No había servicio de recogida de basuras, por lo que ésta era depositada en algún lugar del corral hasta que, normalmente una vez al año, era vendida como abono para el campo a algún agricultor que venía a recogerla con un carro. Eso propiciaba el cultivo masivo de moscas y mosquitos que infestaban la casa y nos torturaban en primavera y en verano, dando lugar, seguramente, a diversas enfermedades, de las que al final acabábamos inmunizados. Las gallinas, por su parte, siempre estaban escarbando en la basura, donde hallaban abundantes gusanos y lombrices, de los que, en buena parte, se alimentaban.

Me pregunto ahora cómo podíamos soportar tantas incomodidades, cómo podíamos sobrevivir con hábitos higiénicos tan elementales. ¿Alguien puede imaginarse ahora la vida cotidiana sin agua corriente, sin algo tan básico como un cuarto de baño? Pues así es como ha vivido la humanidad desde siempre hasta prácticamente nuestros días, en que el progreso y los avances científicos se han universalizado. La mayoría de la gente sólo conoce hoy las comodidades de la vida urbana. Ignoran, por tanto, cómo era la vida en las circunstancias que describo. Muchos hombres de mi generación, incluso, nacieron y se criaron en ciudades o en pueblos grandes donde había agua corriente. Yo no y tengo la sensación, por ello, ahora que reflexiono sobre ese asunto, de haber hecho un largo y fantástico viaje en el tiempo desde alguna época pretérita (anterior incluso a la Edad Media) hasta la Edad Contemporánea. Y, sin embargo, estoy hablando de los años cincuenta y sesenta del siglo XX, aquellos años posteriores a la Guerra Civil y a la Segunda Guerra Mundial, años relativamente muy recientes.

La primera casa donde viví (la misma en la que nacimos mis hermanos y yo), esa casa desde cuyo poyete contemplo a los otros chicos jugar con la pelota, tenía los suelos de tierra batida. O, más exactamente, de una combinación de arena y cal. Mi madre pintaba los suelos de vez en cuando, como se pintan las paredes, con cal blanca los de algunas habitaciones y con cal mezclada con una tintura negra los del portal y otras zonas más transitadas. Naturalmente, dichos suelos se desconchaban y se agrietaban con gran facilidad, por lo que había que volver a pintarlos muy a menudo.

Los colchones de las camas en las que dormíamos en aquella casa eran de hojas de mazorca y crujían estridentemente cuando te tumbabas sobre ellos o cuando te movías de un lado para otro. Dichas hojas de mazorca eran tan duras y reseca que sus puntas se te clavaban en la espalda. El colchón de mi padres, sin embargo, era de lana. Aunque debajo del mismo había otro de hojas de mazorca para darle mayor grosor.

La calle de Don Quijote era céntrica, pero no estaba asfaltada ni empedrada y conducía directamente al campo. Avanzabas unas cuantas casas a la izquierda y, después de doblar una esquina, veías ya la ribera del Guadiana con los álamos y los chopos, las huertas, las plantaciones de alfalfa y los maizales.

Mi padre tenía una pequeña parcela o huerto e iba hasta allí empujando una vieja carretilla de madera, en la que echaba la azada y los aperos de labor. Plantaba lechugas, pimientos, cebollas, pepinos, tomates... Todo en muy pequeñas cantidades. Ir a aquella huerta era siempre motivo de alegría para todos. A veces subíamos unos cuantos niños en la carretilla y mi padre empujaba, divertido, ayudado por otros niños que luego se turnaban para subir en la carretilla. El huerto quedaba muy cerca, a medio kilómetro, más o menos, del pueblo, pero ir allí nos parecía una larga excursión, una especie de aventura. Mi madre solía acompañarnos a veces. Asocio aquellas excursiones al sabor de los tomates recién arrancados de la mata, que, como todo el mundo sabe, es un sabor inolvidable.

Más adelante, mis padres vendieron el huerto y la casa (ambos heredados por mi madre) y nos trasladamos a otra vivienda de la calle Pasión, casi enfrente de la casa de mi abuelo, el cual ya había muerto.

La calle Pasión era tan larga y tan recta que no se le veía el fin, aunque sabíamos que acababa allá lejos, muy lejos, en el campo, un campo de secano donde crecían el trigo y las amapolas, no como el campo que se divisaba desde la calle Don Quijote, donde verdeaban los exuberantes huertos lindantes con el río Guadiana. Todas las casas de aquella calle eran iguales. Feas, sin el menor atractivo arquitectónico. Casi todas de una sola planta, con ventanas desiguales, grandes o muy pequeñas, algunas al borde mismo del suelo, todas ellas protegidas con rejas y con las persianas bajadas. Algunas casas eran enjalbegadas muy a menudo, pero otras estaban como sin terminar, con los muros de tierra prensada desnudos, sin enfoscar ni enjalbegar, desde hacía años. No había tiendas ni bares. Tampoco había ni un solo árbol que alegrara la vista. Aunque quizá, en los patios, había alguna higuera, alguna parra, alguna morera o algún membrillo. No existía las aceras y el firme, arenoso, estaba lleno de baches que en invierno, con la lluvia, se convertían en charcos. Sin embargo, nuestra casa era ahora mucho mejor que la anterior. Tenía muchas más habitaciones y los suelos eran de cemento. También tenía un gran patio con una parra y un corral. Y los colchones de las camas no eran de hojas de mazorca, sino de borra.

Nosotros no teníamos televisión. En realidad, muy poca gente la tenía todavía en aquellos tiempos en Argamasilla. Los teléfonos eran contados y había muy pocos coches o tractores. Estos llegarían después, a finales de los sesenta. No obstante, teníamos radio, un gran aparato de radio, en lo alto de una tosca consola construida para tal efecto por mi padre. Muchas de nuestras vecinas no tenían radio y solían acudir por las tardes a nuestra casa para oír, en compañía de mi madre, mientras zurcían, cosían o remendaban alguna prenda, los lacrimógenos seriales que daba Radio Intercontinental. Es en el comedor de aquella casa donde visualizo mejor que en ningún otro sitio la escena, ya descrita, en la que mi padre, irritado, arroja inesperadamente la fuente de la comida contra la pared.

Coincidió el cambio de casa con el cambio de oficio de mi padre. Ahora ya no era panadero, sino carpintero. Tenía su pequeño taller en un local que alquiló a mi tío Gumersindo, el esposo de mi tía Vicenta, hermana de mi madre, en la calle General Aguilera, perpendicular a la calle Pasión. Más adelante, mi padre compró una casa en el número de 3 de la misma calle y trasladó hasta allí la carpintería. Durante aquel tiempo vivíamos en el número 2 de la calle Paz, en el mismo centro del pueblo, también en una casa propia, lo que indica nuestra relativa prosperidad.

Por las tardes, después de salir de la escuela, mi padre me obligaba a ir a la carpintería, donde tenía que estar hasta que él decidía cerrar, ya fuera a las nueve o a las diez de la noche. Mi hermano Antonio, más pequeño, también tenía que ir, pero se escaqueaba. Yo era incapaz de desobedecer a mi padre. Sin embargo, pasaba muy malos ratos en la carpintería, a la que llegué a odiar con toda mi alma, ya que no podía coger herramientas ni hacer juguetes de madera. “El formón no, que lo estropeas. Ese trozo de madera lo necesito. No gastes clavos, que están caros. La cola tampoco, que me la malgastas y además te manchas. No toques aquello. Deja esto. Ya me has rayado el cepillo. Anda, déjame. Siéntate en el poyete”. Y yo me sentaba en el poyete, pero tenía que ser mirando hacia dentro, para aprender; no podía mirar hacia la calle ni jugar en la acera con otros muchachos. Si salía de la carpintería un momento, ya no quería hablarme en toda la tarde y estaba varios días enfadado conmigo. Yo me preguntaba cómo, si no me dejaba coger herramientas ni utilizar pequeños trozos de madera, podía aprender. Mirándolo no era suficiente. Me aburría muchísimo. Además, mi padre estaba siempre muy serio (o muy triste). Me exasperaba su falta de imaginación para resolver algunos problemas y el escaso interés con que atendía a los clientes, a los que nunca miraba a la cara, pues continuaba trabajando mientras le hablaban. Cuando los encargos que le hacían eran un

tanto complicados, ponía trabas e inconvenientes para no aceptarlos. No obstante, sentía celos de los otros carpinteros del pueblo porque hacían trabajos importantes para los mismos clientes que a él le encargaban luego las pequeñas chapuzas.

Mi padre tenía que hacerlo todo a mano (excepto los torneados y engastes, para lo que utilizaba, pagando un módico alquiler, la maquinaria de las otras carpinterías), lo cual dificultaba o ralentizaba su trabajo. Por otro lado, al ser tan mezquino, aprovechaba trozos de madera deleznable, adaptando, si era preciso, las medidas que le hubiera dado el cliente según su conveniencia (lo que daba lugar luego a quejas y protestas), dejando nudos y vetas en sitios muy visibles que afeaban el resultado y ese tipo de cosas. Yo sufría enormemente observando las torpezas y las limitaciones de mi padre, pero como no podía hacer nada, me callaba. Su trabajo mayoritariamente consistía en arreglar sillas a las que se les soltaba o rompía un palillo o una pata. También hacía muchas puertas, ventanas, mesas, artesas y losas para lavar, que tenían una gran demanda, pues encolaba muy bien (nada de lo que él hacía se rompía o se desarmaba jamás) y ya, por Navidad, solía hacer también carritos, sillitas, armaritos, mesitas, camitas y todo tipo de juguetes para los niños, que exponía en un escaparate y que tenían mucho éxito.

A menudo mi padre tenía que ir a cepillar puertas o ventanas que no cerraban bien porque se hinchaban con la humedad, a colocar una cerradura o un cerrojo, a instalar una ventana o una puerta, etc., y yo me quedaba solo en la carpintería. Entonces, para matar el tiempo, le hurtaba trozos de madera a mi padre y tallaba en ellos medallones con rostros de romanos semejantes a los que veía en las puertas de las casas de los ricos, arabescos, guirnalda, paisajes o escenas pintorescas de la vida local, etc. Escondía mis trabajos artísticos de la vista de mi padre, ya que estaba seguro de que él nunca hubiera aceptado que malgastara su madera en algo tan superfluo. Aún así, mi padre siempre fue poco observador y no echaba en falta los trozos de madera robados. Con el tiempo llegué a reunir una buena colección de figuras y paisajes tallados en relieve en trozos de madera de tamaños y formas muy distintos. Alguien le habló de mi afición artística a Ernesto Aranda, un joven profesor que había llegado recientemente a Argamasilla, y me pidió que se los mostrara. Yo lo hice y le gustaron tanto que me pidió permiso para colgarlos en una pared del aula donde él daba sus clases, lo que significó, de algún modo, mi reconocimiento oficial como artista. Como recuerdo de aquella afición, conservo en el dedo corazón de la mano izquierda la cicatriz de un profundo tajo que me hice un día con el formón.

El oficio de carpintero era mucho más interesante que la mayoría de los oficios conocidos en el pueblo. La madera ofrecía muchas posibilidades artísticas y creativas. Yo podía imaginarme a mí mismo como carpintero (o “ebanista”, tal como se autodenominaba mi padre), pero no como herrero, sastre o zapatero. Sin embargo, me negué a aprender el oficio. La presencia de mi padre acabó por hacérmelo insoportable. Llevo el olor a serrín en la sangre y no puedo evitar odiarlo.

Nosotros éramos pobres relativamente. En realidad mi padre ganaba suficiente dinero para que viviéramos con holgura, pero sólo le daba a mi madre la cantidad justa para alimentarnos. Decía, para justificar su tacañería, que tenía que ahorrar para cuando fuese viejo, ya que estaba seguro de que nadie se iba a ocupar de él entonces. Recuerdo lo chocante que me resultaba oír a un hombre de cuarenta y cinco años preocuparse ya por su vejez, en vez de pensar en la situación presente de su familia.

No importaba que mi madre tuviera gastos imprevistos con motivo de alguna visita a la que había que agasajar con una comida especial, que alguno de nosotros cayera enfermo y necesitara medicinas o que se nos rompieran los zapatos en pleno invierno y fuera preciso comprarnos otros nuevos, etc., mi padre siempre le daba a mi madre cada

semana, exactamente, la misma cantidad (recuerdo la cifra de 700 pesetas, aunque es posible que variara con el tiempo). Ni un céntimo de más. Ya podía derrumbarse el mundo que mi padre no se conmovía ni cedía jamás a sus ruegos. De todas formas, mi madre no le rogaba ni le imploraba tanto. Aceptaba con resignación lo que tenía, compraba fiado en las tiendas y aguardaba a la recogida de las lentejas o a la vendimia, en que trabajábamos dos o tres semanas todos los hijos, y, con el dinero extra que aportábamos, liquidaba sus deudas.

Mi madre nos compraba a cada uno lo más urgente e imprescindible, como ropa, calzado, libros para la escuela, etc. y, para la casa, algún colchón nuevo, mantas, vajilla, tela para cortinas... Durante unos pocos días disfrutábamos de una relativa prosperidad con el dinero que habíamos aportado, pero éste pronto se acababa y volvíamos de nuevo a las estrecheces de la vida cotidiana, en la que mi madre tenía que arreglárselas con las famosas 700 pesetas.

Todas las hermanas de mi madre se habían casado con agricultores y tenían tierras propias, por lo que ellas mismas nos contrataban, como temporeros, para recoger las lentejas o para vendimiar. Las lentejas se recogían en junio y la vendimia se hacía en septiembre. El tiempo de duración del trabajo dependía de la cosecha y del tamaño de las fincas, pero en general solía ser de dos o tres semanas. Cuando las tierras quedaban lejos, nos íbamos “de quintería”, lo que significaba que teníamos que vivir en el campo durante varios días. Nos alojábamos en casas viejas y abandonadas, que eran poco más que cuatro paredes con un techo, una chimenea y una puerta. No tenían ventanas ni muebles y los suelos estaban sin pavimentar. Normalmente había un pozo cerca de la casa, con un abrevadero para las mulas. Todas ellas se hallaban siempre en parajes áridos y desolados, sin un solo árbol en las proximidades o en las lindes de las fincas. Los árboles los veíamos lejos, en medio de algún páramo, y eran tan pocos y tan solitarios que casi parecían una ilusión óptica.

A veces nos alojábamos en un *bombo*, una especie de iglú construido casi exactamente igual, sólo que con piedras, en vez de con bloques de hielo. Son los bombos unas edificaciones muy curiosas por su aspecto primitivo, propio casi de los tiempos prehistóricos, aunque los que yo vi no debían de tener, quizá, más de cien o ciento cincuenta años. Los había de un solo habitáculo, pero normalmente disponían de dos, uno para las personas y otro para los animales. Parecían pequeños por fuera, pero en realidad no lo eran tanto por dentro. Aunque sí un poco claustrofóbicos. Muy frescos en verano, no tenían ventanas. Sólo una chimenea y una puerta, además de un par de poyos y un pesebre. La fachada frontal rara vez estaba enfoscada o enjalbegada.

No existe la palabra “bombo” con la acepción que le doy aquí en el Diccionario de la Real Academia Española, pero así es como popularmente le llama la gente a dichas construcciones en La Mancha. Había muchos bombos en la zona que va desde Cinco Casas a Tomelloso, que es donde yo hice algunas veces quintería. Debieron construirlos sencillamente por la sobreabundancia de piedras en el lugar. Quizá no sabían qué hacer con ellas y a alguien se le ocurrió la idea de edificar tales refugios, característicos por su simpleza arquitectónica y su consistencia. Pues para hacer un bombo sólo se necesitan piedras, muchas piedras de tamaño pequeño. Ningún otro material. Las piedras debieron de ser extraídas del suelo cuando roturaron aquellas tierras, que antes habían sido eriales o cotos de caza, con el propósito de cultivarlas, de plantar vid. Cuando yo vivía en Argamasilla de alba, en un pueblo próximo llamado Los Llanos, que había sido fundado por Franco para repoblar la zona, la gente que obtuvo casa y parcela gratis no se consideraba afortunada en absoluto, ya que debía extraer ingentes cantidades de piedras antes de poder cultivar sus tierras. Supongo, pues, que lo mismo debió de ocurrir en otros lugares en épocas anteriores, de donde se explica el extraño excedente de piedras en un

terreno tan llano y el posterior uso que hicieron de ellas. Según me han contado, todavía en los años cincuenta y sesenta había un hombre que construía bombos cerca de Los Llanos.

Por la noche dormíamos, pues, en las casas o en los bombos, tumbados sobre mantas que extendíamos en el suelo, alineados perpendicularmente a la pared y apretujados los unos contra los otros (el capataz o el patrón y su mujer solían dormir sobre los poyos), y no era raro que nos sorprendiera en algún momento de la noche una rata o un ratón corriendo por entre nuestras piernas.

Después de recolectar las lentejas de una finca o de vendimiar una viña, regresábamos al pueblo, donde nos reencontrábamos gozosamente con nuestras casas y familias. Nos lavábamos con abundante agua en el patio, nos poníamos ropa limpia y dormíamos, al menos por una noche, en una cama decente. Al día siguiente, partíamos para otra finca. Aunque, quizá, en esta ocasión, ya no era necesario hacer quintería y volvíamos a casa cada tarde.

No recuerdo que la vida en el campo me pareciera especialmente dura, a pesar de que me dolía la espalda por estar permanentemente agachado y a pesar también de que me destrozara los dedos por rozarlos una y otra vez con piedras y sarmientos. Casi siempre llevaba algún dedo vendado con la uña amoratada o manchada de sangre y, al golpearlo de nuevo, por azar, con alguna piedra, el dolor se hacía insoportable. Renové, por tal motivo, dos veces, la uña del dedo índice de mi mano derecha.

Las cuadrillas de temporeros estaban compuestas por todo tipo de gente: hombres y mujeres maduros, viejos, niños, adolescentes. Cada uno tenía un surco propio por el que debía avanzar. Todos empezábamos al mismo tiempo, en la misma linde, pero al cabo de un rato unos avanzaban más deprisa que otros y se despegaben del grupo. Los rezagados solían ser los viejos o los niños. A estos les solían echar una mano, de vez en cuando, sus madres o hermanos, para que no quedaran descolgados, pues podían ser despedidos si no rendían lo suficiente. En cualquier caso, los niños cobraban menos, aunque se suponía que debían hacer exactamente el mismo trabajo que los adultos. Los primeros en llegar a la otra linde solían ser los adolescentes, y eran ellos quienes marcaban de algún modo el ritmo del trabajo. Se sentaban a descansar y esperaban a los demás en actitud burlona y jocosa. O bien ayudaban a sus familiares o amigos. Después, cuando todos habíamos acabado nuestro surco, descansábamos un momento, sólo un momento, para beber agua o, “zurra” (zurracapote, un compuesto de vino, agua y azúcar), de alguna bota o botijo que alguien había dejado a la sombra en un ribazo, y reiniciábamos la tarea. Mucha gente cantaba mientras trabajaba, sobre todo las mujeres, pero también algunos hombres. Y había quien hablaba constantemente, bromeaba y contaba chistes. Las mañanas y los atardeceres eran agradables, pero a mediodía el calor resultaba excesivo y difícil de soportar. Todo el mundo iba completamente cubierto para evitar las quemaduras del sol, con grandes sombreros de paja y pañuelos en la cabeza. También llevábamos guantes o mitones para no destrozarnos las manos. A la hora de comer, buscábamos un lugar a la sombra de la galera o del carro, devorábamos nuestras viandas y nos tumbábamos media hora para echar la siesta. Las últimas horas de la tarde se nos hacían siempre muy largas, aunque también eran las más hermosas pues vislumbrábamos ya el fin de la jornada con la caída del sol en el horizonte.

A pesar de la dureza del trabajo, la vida en el campo tenía un especial encanto para mí. Dado que yo era un chico urbano y mi presencia allí era eventual, las dos o tres semanas que pasaba recogiendo lentejas o vendimiando me parecían una experiencia inolvidable. De algún modo, era divertido relacionarse con tanta gente extraña y curiosa, escuchando lo que decían unos y otros y observando todo lo que ocurría a mi alrededor.

Yo amaba la maravillosa llanura manchega, las grandes extensiones sembradas de trigo o de cebada, los viñedos, los olivares. Me fascinaban los diferentes colores de la tierra (que iban del amarillo pajizo al marrón oscuro, del rojo arcilloso al blanco), los pequeños

montes, los oteros, los páramos, y soñaba con poder pintar algún día paisajes que reflejaran toda aquella belleza. Era emocionante descubrir de pronto, en tu surco, un nido de perdices, la madriguera de una liebre o una lagartija que escapaba de entre tus manos y corría a lo largo de la besana... O darte de bruces con una reguera al llegar a una linde y ver súbitamente el agua correr, tan clara y tan fresca, como un manantial bíblico, en aquel lugar recóndito y oculto, entre el mijo y el esparto. O disfrutar del sabor entre acre y dulce de una bellota recién arrancada de la rama de una encina.

Por las tardes, cuando llegábamos a la casa o al bombo, nos lavábamos con agua extraída del pozo y cenábamos el guisado que alguien había preparado en un fuego al aire libre. A continuación era el momento de los juegos y los cantos. Uno tocaba la zambomba, otro la pandereta, aquel de allí golpeaba con una cuchara en una sartén, el de más allá le daba con un sarmiento a una botella, etc., de este modo, improvisábamos una curiosa orquesta, cantando todos, al unísono, alguna canción de estribillo burlesco o picante. Después, quizá, jugábamos a la gallinita ciega o manteábamos a alguien como en cualquier estampa costumbrista de Goya. Había gente muy ocurrente y jacarandosa que solía iniciar y dirigir tales cantos y juegos, aunque todos participábamos con el mismo entusiasmo. Durante un par de horas cantábamos, danzábamos, reíamos y disfrutábamos como niños hasta caer rendidos sobre nuestras mantas dentro de la casa o del bombo. Luego, una vez acostados y apagados los candiles, empezaban las bromas pesadas, los sustos, los gritos y las conversaciones a media voz, hasta que definitivamente unos y otros nos íbamos quedando dormidos. Al día siguiente, antes del amanecer, ya estábamos incorporándonos para iniciar la jornada de trabajo. Silenciosamente, con los huesos todavía doloridos y los músculos entumecidos por el esfuerzo del día anterior, recogíamos nuestras cosas y nos desperezábamos, nos lavábamos la cara con agua fresca del pozo y nos dirigíamos al haza.

El regreso al pueblo lo hacíamos en carros o galeras tirados por varias mulas (a veces también en tractores), con todos nosotros encima del cargamento de mies o de uvas, bamboleándonos en cada bache y apoyándonos por la espalda los unos con los otros para no caer, muy sucios y desaliñados, medio adormilados, entonando alguna copla para hacer más llevadero el camino y, en cualquier caso, muy contentos porque regresábamos a casa.

Durante el trayecto solían ocurrir anécdotas curiosas. Una vez, al pasar el carro en el que íbamos por delante de una casa vieja y abandonada, en el recodo de un camino, apareció un hombre de mediana edad, con barba de varias semanas o meses, muy sucio y desgredado, el cual se bajó los pantalones y nos mostró los genitales mientras hacía gestos obscenos con las manos y gritaba palabras ininteligibles. Las mujeres comenzaron a chillar escandalizadas, echándose las manos a los ojos (aunque algunas, estoy seguro, sin tapárselos por completo), mientras los hombres nos reíamos a carcajadas, observando casi con pena la patética figura de aquel pobre desequilibrado.

Después, cuando llegábamos al pueblo y entrábamos por la calle principal, la gente nos miraba con curiosidad al oír nuestras canciones y nosotros, orgullosos de ser el centro de atención, cantábamos aún con más fuerza hasta desgañitarnos, saludando a unos y a otros con la mano, como si estuviésemos en el desfile de una cabalgata.

De nuevo me parece estar describiendo situaciones del siglo XIX, de la Rusia prerrevolucionaria o algo así. Han cambiado tanto las cosas en este país y en tan poco tiempo que apenas puedo creer que me hayan ocurrido a mí.

Hoy es muy corriente encontrar en España a jóvenes de más de veinte años que no han dado golpe en su vida y que carecen, por tanto, de la más mínima experiencia laboral. Yo, sin embargo, comencé a trabajar, como temporero, a los diez años. Esas escenas que describo las viví entre los diez y los catorce años (después, cuando conseguí mi primer empleo en la oficina de correos, nunca más volví a trabajar en el campo). Aún así, fui afortunado ya que muchos niños empezaban a trabajar a los siete años.

Nada más llegar a mi casa, lo primero que yo hacía era correr hacia mi madre, quien nos estaba esperando en la puerta, para darle un beso. Yo quería con locura a mi madre. Más que quererla, la adoraba. La había echado tanto de menos durante mi ausencia. Me resultaba excesivamente doloroso permanecer lejos de ella, siquiera por unas horas, cuanto más días enteros. Todo el cariño que me negaba mi padre ella me lo daba a mí con creces y todo el cariño que yo debería haber sentido por él se lo ofrecía a ella, redoblado, con una pasión casi enfermiza. Cada vez que mi madre tenía una indisposición o se mostraba triste y afligida por algo, yo me sentía tan angustiado que deseaba morir. Mi madre sí que era una madre. ¡Mi madre era exactamente eso que todo el mundo entiende por una buena madre!

La casa donde mi padre tenía la carpintería era muy vieja, por lo que la derribó y empezó a construir en su lugar un edificio de dos plantas, que durante mucho tiempo dejó sin terminar, salvo la planta baja. Todos los domingos nos llevaba allí a trabajar a mis hermanos y a mí. También los sábados por la tarde y algunos ratos durante la siesta en días ordinarios. La obra no se acabó nunca, a pesar de estar implicados en ella toda la familia durante varios años. Era la excusa que mi padre tenía para estar ocupado. Muchas noches se quedaba solo dentro de la casa subiendo sacos de yeso o cemento, derribando cualquier tabique mal situado para volver a hacerlo de nuevo, echando agua en la azotea para que “agarrara” el cemento y todo ese tipo de cosas. Aquella casa era todo su mundo. Un mundo de aislamiento y soledad cada vez más misterioso y enigmático para nosotros. Mi padre, cuando se enfadaba con mi madre, amenazaba con quedarse encerrado en la casa y no salir de allí. Ella nos obligaba a llevarle la comida en un cesto, pero nosotros le teníamos tanto miedo que no nos atrevíamos a llamar a la puerta pensando que nos iba a pegar, así que sólo nos acercábamos a la carpintería cuando abría la puerta al público. Entonces le entregábamos el cesto con la comida, pero él lo rechazaba y nos obligaba a llevarlo de vuelta. Al final, tenía que ir mi madre personalmente a la carpintería para reconciliarse con él y poco después regresaba a casa con el semblante muy serio, mirándonos de forma amenazadora.

Por las mañanas casi siempre discutían. Se despertaba mi padre a las 6 ó a las 7 de la mañana y comenzaba a hablarle a mi madre, que todavía estaba dormida. La conversación en la cama era siempre sobre alguna queja que él tenía contra ella o contra nosotros o por cualquier cosa insignificante, pero iba levantándoles los ánimos y poniéndolos a los dos en actitud cada vez más violenta y exasperada. Nosotros nos despertábamos con el ruido de las voces, cada vez más subidas de tono. A veces seguíamos el hilo de la conversación e interveníamos en ella para darle la razón a nuestra madre. Él se ofuscaba todavía más por eso y gritaba que estaba harto de que nunca le diéramos la razón, que nos iba a asesinar a todos, que iba a vender la casa y se iba a largar a algún sitio él solo o que iba a estrellar la radio contra la pared y la iba a romper. Esto último lo decía muy frecuentemente, sobre todo a la hora de la comida, cuando comenzábamos a hablar y no le dejábamos oír el Diario Hablado de Radio Nacional de España.

Durante las tardes de verano, quizá por el calor o porque iba mi madre a ver a mi padre y se sentaba cerca de él, junto al banco de trabajo, yo gozaba de mayor libertad de movimientos y podía sentarme en el poyete mirando hacia la calle o jugar con mi primo Servando, que vivía en la acera de enfrente, o con otros muchachos, lo que implicaba que al final acabábamos manchándonos de polvo la ropa, las manos y las rodillas. Las tardes aquellas, entre el temor de ser llamado por mi padre en cualquier momento o la posibilidad de evasión en instantes de descuido eran para mí apasionantes. En la misma plaza del rollo, justo enfrente de nuestra casa, había una báscula pública y los camiones llegaban constantemente para pesar la alfalfa, levantando un montón de polvo a su paso.

Mi primo Servando y yo aprendimos a montar en bicicleta aprovechando los espacios que dejaban los camiones o mezclándonos con el ganado que solía llegar al pueblo al atardecer. Mi primo Servando esperaba impaciente a su padre, que a esa hora llegaba con el tractor y le traía, de vez en cuando, un nido con huevos y pajarillos, alguna liebre o algún vencejo. Mi tía Vicenta esperaba también todas las tardes en la puerta de su casa la llegada del tío Gumersindo. Era asmática y siempre estaba fatigosa pero sonriente. Mi tía Vicenta y mi tío Gumersindo se querían mucho y eran considerados en el pueblo una de las parejas más felices. Servando era de mi misma edad, aunque iba un curso más adelantado. Era un muchacho estoico y silencioso, de complexión atlética y muy seguro de sí mismo. Nunca pudimos tener una verdadera amistad, ya que a veces me rehuía. Estaba conmigo cuando yo iba a su casa o cuando él venía a la carpintería, pero los domingos salía con un amigo suyo, un tal Lucio, que era también su compañero en la escuela. Se iban solos al río y volvían muy tarde y yo los contemplaba con envidia desde la puerta de la carpintería. Mi primo, cuando iba con Lucio, se hacía el desentendido para no saludarme o, si me saludaba, no se mostraba muy receptivo, como si le molestara mi presencia.

Cada año íbamos a la romería en el tractor del tío Gumersindo. Mis otros tíos también nos invitaban, pero preferíamos ir con la tía Vicenta y el tío Gumersindo. El día anterior mi madre y mi tía preparaban el pisto y el conejo para comer todos juntos en el pantano, cerca del castillo de Peñarroya, donde estaba la Virgen. A veces adornábamos el remolque con hojas de parra, flores, tomillo y romero que el tío recogía del campo varios días antes. Ir al castillo de romería era una fiesta inolvidable. A veces llovía por el camino y extendíamos el toldo sobre el remolque. Los adultos decían que ya se había estropeado la fiesta, pero para los pequeños la lluvia era un motivo más de diversión. Armábamos una gran algazara ocultándonos debajo de la lona y las mantas. En el remolque íbamos toda nuestra familia, mis tíos y primos y algún que otro vecino del pueblo. Durante buena parte del trayecto íbamos cantando, dando palmas y riendo por tonterías. Todos teníamos las caras rojas de excitación y entusiasmo. Al llegar al castillo nadie se acordaba de la Virgen, aunque hubiera sido ella el motivo de nuestra excursión. Yo, sin embargo, tenía la costumbre de ir inmediatamente a la ermita para rezar una oración. Me impresionaban mucho las pinturas del techo y de las paredes, en las que había diversas figuras desnudas, en eterna felicidad si se trataba del Cielo, o en eterno tormento, si se trataba del Infierno. También había una representación del Paraíso Terrenal, con Caín y Abel, y la alegoría sobre el Pecado Original. Después de ver las pinturas escapábamos de la ermita, dábamos una vuelta por el castillo y corríamos hacia la presa del pantano, que cruzábamos de un extremo a otro, con un poco de miedo por la fuerza con que rugía el agua. A continuación bajábamos hasta el borde mismo de las aguas y buscábamos almejas y caracolas en las orillas o simplemente nos bañábamos. Las chicas se despistaban con sus novios y más de una vez sorprendíamos a alguna pareja besándose detrás de algún chaparro o encina. Sólo nos reuníamos todos juntos una vez al día, durante el almuerzo. Después volvíamos a perdernos cada uno por su lado. Al final, yo siempre acababa quedándome solo y me desesperaba buscando a alguien con quien divertirme. Aquí y allá había corros de gente bebiendo y cantando, mozos y mozas que bailaban la jota al ritmo de una guitarra. Unos llevaban gorras, otros sombreros de paja y otros pañuelos atados al cuello o a la cabeza para protegerse del sol. La gente formaba aquí y allá pequeños grupos aislados charlando, cantando, bailando o dormitando. Y por cualquier parte encontrabas parejas que trataban de saciar su voluptuosidad. Pues aquel día todo provocaba el deseo y la voluptuosidad, desde la visión del pantano y del castillo, rodeados de un monte primitivo y agreste como arrancado de alguna estampa del Quijote, hasta el aire fresco y suave que llegaba hasta nosotros con olor a jara y a tomillo.

Yo corría hacia alguna zona arenosa de la orilla cubierta de juncos y, cuando estaba seguro de que no me veía nadie, me arremangaba los pantalones, me quitaba los zapatos, me sentaba en alguna roca y metía los pies en el agua fría. Con melancólica resignación, regodeándome en mi soledad, me entretenía contemplando las nubes blancas que se deslizaban perezosamente por el cielo y el agua azul que se extendía a mis pies, surcada a veces por peces raros, mientras pensaba que la vida era hermosa a pesar de todo.

Al caer la tarde, los tractores y los carros se organizaban en caravana para acompañar a la Virgen de Peñarroya hasta el pueblo, que estaba a unos once kilómetros. Llevaban a la Virgen en andas y los hombres que la portaban tenían que detenerse y turnarse unos a otros, por lo que avanzaban muy despacio. Sin embargo, el tío Gumersindo salía siempre un poco antes que la caravana y llegábamos al pueblo con bastante tiempo, de modo que podíamos descansar un poco y luego ir a la Glorieta para ver a la Virgen. La colocaban a la entrada de la iglesia y desfilaban delante de ella todas las carrozas engalanadas. La gente de cada carroza gritaba al pasar: “¡Viva la Virgen de Peñarroya!” y la gente de la plaza contestaba: “¡Viva!” Y así, una tras otra, todas las carrozas iban pasando, llenas hasta los topes de gente con las caras rojas de tanto gritar, cantando y dando palmas. Después de aquello, muchos jóvenes organizaban fiestas en sus casas, otros iban a tomar vermut a la terraza del Quijotel y algunos otros iban a cualquiera de los dos cines que había en el pueblo a ver una película de romanos o del oeste. Finalmente, regresábamos a nuestras casas para cenar el conejo o el pisto que había quedado de la romería y nos acostábamos rendidos pero felices por el largo día de fiesta.

En la escuela yo me encontraría a la mañana siguiente con mi primo Servando y con Lucio y, a pesar de haber pasado la romería con él, mi primo me ignoraría y Lucio haría como si no me conociera de nada. Por eso, cada vez que lo veía por la calle, no sabía si saludarlo o no y había una cierta tensión entre los dos. Lucio era un muchacho muy parecido a mi primo. Tenía sus mismas características físicas y psicológicas: era atlético, guapo, inteligente, muy correcto en los modales. Yo lo admiraba a él tanto como admiraba a mi primo. No sentía rabia o celos por su amistad. Tan solo quería ser amigo de ambos, pero ignoraba cuál podía ser el secreto para conseguirlo.

VII. MI PRIMER EMPLEO

Lucio, Venancio, Víctor, Miguel Ángel, Ramón y todos los demás chicos de la primera fila se matricularon en el instituto de Tomelloso para hacer el Bachillerato Superior. Sus padres, que poseían fincas y tractores, pudieron permitírselo. Yo, sin embargo, ni siquiera tenía la posibilidad de hacer el Bachillerato Elemental, ya que mi padre (que no estaba dispuesto a gastarse una sola peseta en mi educación), quería que empezara a trabajar con él en la carpintería nada más dejar la Escuela Nacional, a los catorce años. Pensar que aquel era mi destino: la carpintería, al lado de mi padre, una persona cuya sola presencia me deprimía; pensar que era así como tendría que pasar a partir de entonces los días, los meses, los años... sencillamente me aterrorizaba. Yo quería estudiar. Tenía una necesidad imperiosa de cultura. Sentía ya la llamada del arte. Y para ejercitar cualquier tipo de arte sabía muy bien que tenía que prepararme, recibir educación. La poca que había adquirido en la Escuela Nacional (gracias, sobre todo, a Ernesto Aranda) no era suficiente. Nadie en aquel pueblo estaba tan predispuesto como yo para ir a la universidad y, sin embargo, fui el único muchacho de mi grupo generacional que ni siquiera pudo hacer el Bachillerato Superior. El Bachillerato Elemental lo saqué a duras penas estudiando en los ratos libres.

Mi madre me comprendía y me apoyaba. Discutía cada noche con mi padre cuando se acostaban y yo, que dormía en la alcoba de al lado, los escuchaba. Una vez más me producía desolación descubrir la insensibilidad de mi padre. Éste se negaba rotundamente a que yo estudiara el Bachillerato. Insistía en que fuera a trabajar con él en la carpintería. Pero eso era algo a lo que yo me negaba. Se lo decía a mi madre y ella se lo transmitía a él. Las discusiones y las desavenencias por ese asunto duraron meses. Finalmente mi padre accedió a que buscara otro empleo, si no quería trabajar en la carpintería, y que estudiara todo lo que quisiera fuera de mi horario de trabajo. Ese fue el compromiso al que llegó con mi madre y lo consideré un éxito, ya que me exoneraba, al menos, de tener que ir a la carpintería.

Enfrente de nosotros vivía un matrimonio con dos hijas, una de las cuales se acababa de casar con el jefe de la oficina de Correos y Telégrafos, y mi madre, que era amiga de su madre, consiguió para mí el puesto de botones en aquella oficina.

En los ratos libres estudiaba el Bachillerato Elemental y Cándido Álvarez, un profesor recién casado, vecino mío, me daba clases particulares.

Recuerdo que durante aquel tiempo estalló la guerra de los Seis Días y se habló mucho de ella en la radio y en los periódicos, aunque yo no entendía nada del asunto, sólo que ocurría en Oriente Próximo y que en ella estaban implicados los judíos y los árabes. Pero la gente se puso muy nerviosa por aquella guerra. Pensaba que se convertiría en la Tercera Guerra Mundial y que ahora, con armas nucleares, sería el fin del mundo.

La oficina de Correos y Telégrafos estaba muy cerca de la iglesia, enfrente del Quijotel un edificio antiguo reconvertido en hotel, en cuya planta baja había una cafetería a la que solían ir los pijos del pueblo.

Yo era el botones, pero a veces realizaba las funciones corrientes de un cartero. Recogía varias veces al día las cartas de los buzones, para lo que disponía de una bicicleta, llevaba telegramas o cartas urgentes y, cuando no había otra cosa que hacer, me quedaba en

la oficina aprendiendo a usar el telégrafo y el sistema Morse. Trabajaba de lunes a sábados, tanto por la mañana como por la tarde, y también algunos domingos por la mañana. Dado que la Iglesia estaba muy cerca, algunos feligreses acudían a la oficina de Correos después de oír misa a comprar sellos o a recoger algún sobre certificado y, naturalmente, se entretenían un buen rato hablando con nosotros, contando anécdotas repetidas una y otra vez. Durante aquella época no se conocían las prisas y el tiempo parecía detenerse los domingos en Argamasilla.

Aparte de Díaz, el jefe de la oficina, un tipo un tanto relamido y amanerado, había dos carteros, Poveda y Hernández. El primero era un joven forastero, casado con una chica de Argamasilla, y el segundo un tipo mayor, a punto casi de jubilarse, con la nariz morada y fama de borrachín. Les recuerdo muy bien a los dos con su uniforme azul y su gorra de plato (los carteros llevaban entonces unos uniformes muy vistosos, tanto que casi parecían militares). Poveda y yo pronto nos hicimos amigos. Me llevó alguna vez a su casa, que estaba a las afueras del pueblo, junto a la carretera de Manzanares, y recuerdo haber charlado animadamente con él y con su esposa de política, mientras bebíamos vasitos de vino blanco. Aunque dudo que yo tuviera entonces verdaderas ideas políticas.

En realidad yo era todavía un muchacho muy inocente y muy soñador. Iba y venía con la bicicleta de un lado para otro por las calles del pueblo, abstraído por completo en mis pensamientos, o mejor dicho: en mis fantasías, imaginando hazañas, aventuras memorables y grandes gestos humanos. Me embriagaba de tal forma con mis propias ensoñaciones que a veces me costaba regresar de nuevo al mundo real.

Cierto día, acababa de entregar un telegrama en una casa, cuando me encontré de pronto en un callejón que desembocaba directamente en el campo. Sin apearme siquiera de la bicicleta, con un pie apoyado en el suelo, me quedé allí un buen rato contemplado el paisaje. Tan sólo había un trigal que comenzaba justo al lado de las últimas casas. Debía de ser finales de primavera o principios del verano, por lo que ya empezaba a hacer calor. Una suave brisa, mecía las espigas doradas y las amapolas de los ribazos. Más al fondo, se divisaba la estilizada elegancia de los chopos y los álamos del río. Y eso era todo: el trigo, las amapolas, el cielo límpido, la luz cegadora del sol, los chopos y los álamos, el silencio, la suave brisa y la inmensa llanura manchega extendiéndose hasta el infinito... ¡Y yo tuve ganas de llorar de emoción al contemplar tanta belleza!

“Dentro de muchos años me acordaré de este momento”, pensé. Me acabo de acordar ahora y por eso lo cuento.

No obstante, también había días tristes, días grises de invierno con viento y lluvia, en los que me empapaba y regresaba a la oficina cubierto de barro después de recoger las cartas, pues las calles del pueblo aún no estaban asfaltadas y había por todas partes baches y charcos enlodados.

Uno de esos días fui a una casa a llevar un telegrama. Era una típica casa manchega con dos entradas, una para las personas y otra para los carros (o los tractores) y los animales. Pero la entrada para las personas estaba cerrada, así que entré por la puerta de los animales. En las casas manchegas nunca cierran esas puertas y puedes entrar sin llamar, ya que, aunque lloves, nadie te oír ni acudirá a tu encuentro. De modo que entras sin llamar y te ves de pronto en medio de un patio o de un zaguán oscuro con puertas que dan a habitaciones todavía más oscuras (en esas casas las ventanas tienen siempre las persianas bajadas), habitaciones decorativas que jamás se utilizan; normalmente pasa un largo rato hasta que aparece alguien, ya que los habitantes de la casa están en las habitaciones del fondo o en el corral. Aquel día, después de atravesar un zaguán llegué a un patio. No había nadie por ningún sitio. Atravesé el patio y llegué a otro zaguán. Dije: “Hola, ¿hay alguien por aquí?”, pero nadie respondió. Entonces abrí una puerta al azar. Pensé que allí estaría el salón y que habría gente sentada en torno a la chimenea, pero en lugar de eso me encontré

con el cadáver de un hombre completamente solo encima de una mesa. Rápidamente salí y cerré la puerta. Entonces apareció una mujer de luto y le entregué el telegrama. Éste, obviamente, era un mensaje de condolencia.

Supe a partir de entonces que, como norma general, los telegramas sólo llevaban malas noticias o mensajes de condolencia, de modo que ya no me gustaba tanto ser portador de ellos. En todo caso, procuré en lo sucesivo no aventurarme más por las habitaciones de las casas desconocidas.

Trabajé durante un año en la oficina de Correos y Telégrafos. Aquel oficio me gustaba y hoy sería un excelente cartero, de no ser porque Díaz, el jefe de la oficina, me tenía una tremenda ojeriza y me hizo la vida insoportable. Me regañaba constantemente por los motivos más anodinos. Llegué a sospechar que estaba obsesionado conmigo, ya que no era normal que el director de una oficina estuviera tan pendiente de lo que hacía un simple botones. Pero, por lo que fuera, no me dejaba en paz ni un sólo segundo y llegó a infligirme una verdadera tortura psicológica. A veces, cuando estábamos a solas, me miraba de soslayo y me decía enigmáticamente: “¡Tú llegarás, tú llegarás!” Nunca pude entender la intencionalidad de sus palabras. Era como si me vaticinara éxito en la vida y ello le produjera rabia o envidia. “¡Tú llegarás, tú llegarás!” Pero ¿llegar adónde? Puesto que, según él, yo era tan torpe, no tenía sentido que me augurara un futuro prometedor. “¡Tú llegarás, tú llegarás!” Y al decir eso yo notaba una expresión ambigua en su mirada como si el supuesto rechazo que sentía por mí fuese en realidad todo lo contrario: un impulso de atracción que no podía tolerar. “¡Tú llegarás, tú llegarás!” Desde entonces, siempre he sabido que tenía que llegar a algún lugar, que había una meta que, más tarde o más temprano, tendría que alcanzar.

Una mañana de invierno, después de una tormenta, acababa de recoger las cartas de los buzones y me dirigía de regreso a la oficina cuando derrapé en una esquina y caí sobre un gran charco de agua. Las cartas se salieron del saco y se empaparon. En aquel tiempo la mayoría de la gente escribía todavía con tinta, por lo que ésta se corrió y muchas direcciones se emborronaron y quedaron ilegibles. Poveda y Hernández tuvieron dificultades para descifrar el destinatario de las cartas mojadas, algunas de las cuales no pudieron enviarse o devolverse a sus remitentes. Díaz se puso furioso conmigo cuando se enteró de lo ocurrido y me prohibió usar la bicicleta a partir de entonces. Era un castigo excesivo. Sin bicicleta sencillamente yo no podía hacer aquel trabajo. Tenía que recorrer el pueblo de un extremo a otro varias veces al día y las distancias eran demasiado largas. Además, me resultaba muy penoso ir con la saca a cuestras por las calles del pueblo cuando en la oficina había una bicicleta que nadie utilizaba. Estaba claro que aquel tipo quería servirse de aquella excusa para ensañarse conmigo y humillarme. La culpa del accidente no había sido exactamente mía, sino del estado de la calzada y de la lluvia. Además, ya me había disculpado varias veces, ¿qué más podía hacer? Confiaba en que, al cabo de un par de días, Díaz se olvidaría del incidente y me permitiría volver a utilizar la bicicleta, pero los días pasaban y éste no cejaba en su actitud vejatoria. Así que llegó un momento en que no pude aguantarlo más y abandoné el trabajo.

Cuando mi madre se enteró se llevó un gran disgusto. Quiso ir a hablar con Díaz para convencerle de que me readmitiera en el puesto, pero yo no se lo permití. Aunque sólo tenía quince años, ya sabía ser consecuente con mis decisiones.

VIII. LOS SESENTA

Conseguí mi segundo empleo, como dependiente, en una ferretería.

Francisco Núñez, el propietario, era un tipo pelirrojo de unos treinta y tres años. Soltero, vividor y con fama de mujeriego. Me trataba muy bien y, al contrario que Díaz, nunca me reprendía por nada. Solía ausentarse a menudo y me dejaba solo a cargo de todo.

No tardé en percatarme de que el orden no era la divisa de aquel establecimiento. Francisco tenía la costumbre de dejar las cosas en cualquier parte, por lo que después era difícil encontrarlas (él, sin embargo, tenía controlado su propio desorden y sabía siempre dónde estaba lo que buscaba). Yo me propuse que cada cosa tuviera un sitio específico y así, cuando no había nadie que atender, me dedicaba a ordenar las cajas de las arandelas, de las alcajates, de los clavos o de los tornillos, según sus tamaños, o de las bombillas según sus vatios, etc. Poco a poco conseguí poner un poco de orden en el enorme caos que allí había, aunque Francisco, cada vez que tocaba algo, lo desbarataba de nuevo.

Su madre, una mujer menuda y sentimental, pasó un día por la tienda y, al percatarse de mi esfuerzo, me tomó un gran cariño. De haber sido por ella, me habría quedado a trabajar allí toda mi vida.

Encima de la ferretería vivía Juanita, una solterona pálida y escuchimizada, junto a su madre invidente o casi invidente. Era la arrendadora del local y estaba loca por Francisco. Le controlaba todo el tiempo y, cuando éste se ausentaba de la ferretería, se ponía histérica. Bajaba a preguntarme por él una y otra vez y al final se quedaba en el piso de arriba vigilando su regreso desde el balcón. Francisco no le hacía ningún caso y ella sufría unos ataques de celos terribles, sobre todo cuando cogía el coche y se iba, según ella, a las casas de prostitutas de Tomelloso. Era una pobre mujer patética y a mí me daba un poco de pena.

Sólo muy de tarde en tarde, Francisco subía a visitarla y yo los imaginaba copulando furtivamente en el rellano de la escalera, evitando hacer ruido para no ser detectados por la madre.

Un día Juanita bajó con una carta en la mano y me pidió que se la leyera. Fue así como supe que era analfabeta. Me sorprendió mucho, ya que pertenecía a la clase acomodada del pueblo. Le propuse enseñarla a leer y a escribir y ella y al principio se mostró reticente. Dudaba de su capacidad para aprender. Pero yo la animé y al final se decidió. Cada tarde, pues, cuando acababa mi turno de trabajo en la ferretería, subía al piso de arriba, me sentaba con ella a una mesa camilla, junto al balcón, y le enseñaba pacientemente a reconocer las letras y a unir las formando vocablos. Su madre, aunque no podía verme, se alegraba mucho de mis visitas y no paraba de agradecerme lo que hacía por su hija. Juanita aprendía más deprisa de lo que yo había esperado y estaba encantada. La última vez que le di clase, creo recordar que se defendía ya bastante bien.

Cuando fui a examinarme a Tomelloso aprobé todas las materias, excepto dibujo y latín. Entendía que me hubieran suspendido el latín, ya que nunca pude aprenderme muy bien las declinaciones, pero no el dibujo, pues estaba seguro de haber hecho un trabajo aceptable (unos pajarillos sobre la rama de un árbol; una obra de creación libre, tal como

habían pedido). Se lo comenté a Cándido Álvarez y éste fue a indagar el motivo de mi suspenso.

–No creen que tú hayas hecho ese dibujo –me explicó más tarde–. Por lo visto, es demasiado bueno.

–¡Pero es que lo he hecho yo! –protesté indignado.

–Lo sé, lo sé. Pero no te preocupes. Ya aprobarás en septiembre. Para ti debería ser un honor que te hayan suspendido por eso.

En septiembre me esforcé por hacer un dibujo mucho más mediocre y aprobé, naturalmente.

Cándido Álvarez daba clases en su aula (una habitación que había alquilado en un caserón de la calle Quijano) a todo tipo de estudiantes que acudíamos allí a preparar materias diversas de cursos diferentes. Y todos a la misma hora. De algún modo, intentaba coordinar nuestros intereses e iba de un pupitre a otro, atendiendo las dudas de matemáticas de este, las cuestiones de gramática de aquel o las de geografía e historia del de más allá. A veces explicaba cosas en la pizarra para todos en general o que atañían sólo al 50 ó al 70% de la clase, de modo que el 50 ó el 30% restante desatendía sus explicaciones. Era una situación absurda y disparatada, pero, más o menos, cada cual conseguía aprobar sus materias a final de curso. Yo acudía a clase entre la una y las dos, cuando acababa mi primer turno de trabajo en la ferretería (y anteriormente en la oficina de Correos y Telégrafos), después me iba a casa a comer, estudiaba un poco y regresaba al trabajo.

Primavera de 1967. Una chica nueva, morena, con el pelo muy largo y una provocativa minifalda, apareció un día por clase dejando a todos los chicos nerviosos y desconcertados. Se llamaba Julia y tenía 20 años. Según dijo, estaba preparando la única materia que aún le faltaba para aprobar la carrera de Magisterio. Casualmente, estábamos enfrente el uno del otro y, desde el primer momento supe que le gustaba. Cuando salimos de clase se hizo la encontradiza conmigo y empezó a hablarme de esto y aquello. Caminamos juntos un rato, hasta que llegamos a la puerta de mi casa y tuvimos que separarnos. Ella vivía un poco más lejos, en las afueras del pueblo.

A partir de entonces, Julia procuraba arreglárselas para que nos viéramos a la salida de clase y si, por casualidad, yo acababa antes que ella, me pedía sin ningún pudor que la esperara en la puerta. Los otros chicos, envidiosos, no paraban de bromear conmigo y de hacer comentarios jocosos sobre ella: “Esa tía va a por ti”, decían. “Ten cuidado que te va a enganchar”, etc.

Varios días después, cuando nos despedimos, Julia dejó caer una hoja de papel dentro de mi bolsillo. Era un poema titulado “Tus ojos” y parecía una declaración de amor. Al día siguiente me preguntó qué opinaba del poema y yo le dije que estaba muy bien, como si no tuviera nada que ver conmigo. Dos días después, Julia volvió a dejar caer otro poema en mi bolsillo. Éste se titulaba “Porque te quiero”. Era mucho más explícito y ya no podía ignorar el asunto. Me puse muy nervioso. Tanto que apenas dormí aquella noche. A la mañana siguiente, después de clase, Julia sacó a colación su poema y me declaró su amor. Yo me quedé paralizado por la sorpresa (no esperaba una declaración tan rápida ni tan directa). El amor, el sexo, las mujeres... todo eso me daba un poco de miedo. De buena gana, habría salido corriendo para refugiarme en los brazos de mi madre, pero me quedé quieto y no hice nada. No dije nada. No tomé ninguna decisión. O mejor dicho: dejé que ella decidiera por mí. Miré a Julia implorante con mis ojos tristes (ella, para mi desgracia, estaba loca por aquellos ojos tristes), confiando en que se apiadara de mí y me dejara en paz, pero Julia interpretó mi silencio y mi actitud sumisa como un signo de aceptación. Y

fue así como, sin pretenderlo ni quererlo, me vi implicado en una relación sentimental que se prolongaría durante casi tres años.

Era Julia una de las primeras chicas desinhibidas que comenzaba a haber ya por aquella época. Sus padres pertenecían a la pequeña burguesía local. Tenían viñedos, bodegas y una gran casa con una huerta que lindaba con el río. Viajaban mucho por negocios o por placer y eran personas excéntricas, liberales, algo que influyó, sin duda, en la educación de sus hijos.

Julia estaba comprometida con un chico de Herencia. Según ella, sus padres y los padres del chico eran amigos y la relación entre ambos era una especie de arreglo que no sabía cómo romper. El chico iba a visitarla a Argamasilla una o dos veces por semana, pero ella lo dejaba casi siempre plantado. Procuraba escapar de su casa por alguna puerta falsa cuando lo veía llegar y corría en mi busca. Me arrastraba de la mano por callejones solitarios, deteniéndose para besarme en las esquinas, mientras el chico de Herencia nos seguía los pasos, indagando entre las gentes del pueblo si la habían visto por aquí o por allá. Pero nosotros nos ocultábamos tan bien de él que nunca nos encontraba. Julia y yo nos divertíamos mucho a su costa, jugando al escondite. Hasta que un día rompieron definitivamente el compromiso y se acabaron para siempre aquellos juegucitos.

Julia vestía de un modo tan provocativo que resultaba escandaloso. Pero ella no tenía prejuicios ni su familia tampoco. Julia era alegre, frívola, sensual. Nunca la oí hablar de cosas serias. Era una chica caprichosa y yo, su principal capricho. A veces iba a Alcázar de San Juan, a Manzanares, a Ciudad Real y volvía con las últimas novedades de los Bee Gees, los Beatles, los Rolling Stones, los Moody Blues... También traía un montón de ropa nueva, de cosas caras y superfluas. Yo, acostumbrado a las limitaciones de una vida mucho más humilde y modesta, contemplaba todo aquello como una especie de derroche excesivo.

Detrás de la casa de Julia el río formaba una especie de remanso y era frecuentado por muchos chicos, pero a ciertas horas de la tarde éstos solían regresar a sus casas para comer y echar la siesta y era entonces cuando ella salía por la parte trasera de su huerta, en bañador, con sus cabellos tan largos que le llegaban casi hasta la cintura, como una Venus rural, y se metía, poco a poco, en las frías aguas del Guadiana. Ver a una chica en bañador no era muy habitual en aquella época y menos aún en un pueblo tan puritano como aquel. Probablemente más de un chico la acechaba detrás de los arbustos. No obstante, si casualmente veía a alguno, Julia no era tan timorata como para salir corriendo. Las cosas estaban cambiando o iban a cambiar muy pronto. Ya había empezado el *boom* turístico en España y, a través de la televisión se veían muchos cuerpos en las playas. Poco después abrirían una piscina pública en Tomelloso y, más adelante, otra en Argamasilla. Y ya, en los setenta, con el destape en las películas, se acabaría definitivamente el puritanismo franquista, mucho antes incluso de que muriera Franco.

Una tarde quise sorprender a Julia mientras se bañaba en el río. Me oculté detrás de un arbusto y, cuando más confiada estaba, salí de mi escondite. Ella dio un grito de alegría al verme, salió corriendo del agua, vino hacia mí y me abrazó con todas sus fuerzas. Nos besamos, nos acariciamos y, cuando por fin nos separamos, descubrí que estaba completamente empapado, pero sólo por delante. Por detrás mi ropa estaba seca. Y de esa guisa tuve que continuar hasta mi trabajo: con la camisa y el pantalón empapados por delante, pero secos por detrás. La gente que se cruzaba conmigo por la calle no podía evitar reírse al verme, sin comprender qué me había pasado.

Julia era una chica muy ardiente, muy apasionada. “Soy Aries”, decía, “y los Aries somos así”. Ya no le bastaban los momentos que nos veíamos en clase o después de clase. Quería tenerme a su lado todo el día. Cuando se enteró de que yo iba cada mañana a la misa de las 8, ella empezó a asistir también a la misa de las 8. Cuando le comenté mis ingenuas pretensiones de ir a África o a Asia a apostolar, ella declaró que se vendría conmigo de

misionera... La encontraba “por casualidad” en cualquier parte. En una ocasión, la encontré incluso en el patio de mi propia casa, hablando con mi madre. Su acoso, lejos de alarmarme, me halagaba. Y creo que, de algún modo, contribuyó a volverme un poco narcisista. Pues ¿quién puede resistirse indefinidamente a los halagos? Uno, inconscientemente, no puede evitar pensar: “Vaya, pues si a esta chica le gusta tanto, si esta chica me admira tanto, si me desea tanto (y creo que no es la única, pues hay otras por ahí que también me miran con muy buenos ojos), debe de ser que no estoy tan mal” Te miras en el espejo con atención y dices: “Vaya, pues si no soy feo. No, no lo soy en absoluto. Es posible que me parezca a mi padre, pero qué importa. Él es viejo y yo soy joven. Mi madre siempre ha dicho que soy guapo. Y no sólo ella. Ahora que lo pienso, mucha gente suele decir que soy guapo. Yo creía que sólo era un cumplido, pero quizá... quizá soy realmente guapo”. Y el mundo se vuelve entonces un lugar mucho más agradable. Caes en la cuenta de que mucha gente (mujeres pero también hombres) se siente atraída por ti. Recuperas parte de tu autoestima. Sigues sin aclararte contigo mismo. Tienes un lío mental de cojones, pero tu moral ya no está por los suelos. Sabes que eres guapo y eso te da cierta seguridad. Vayas por donde vayas, siempre habrá alguien a quien le gustes, alguien que, en su intento por seducirte (otra cosa es que lo consiga), te abrirá las puertas y te favorecerá el camino. La vida es mucho más fácil para los guapos. Eso lo sabes muy bien y sientes por ello una inevitable sensación de triunfo. Piensas que tienes el mundo a tus pies y empiezas a alucinar. “¡Caray!”, te dices, “¡La vida es maravillosa!”

Por motivos que ignoro, Ernesto Aranda había estado ausente del pueblo durante un año y, cuando regresó, nos escribió una carta a todos sus antiguos alumnos ofreciéndose a darnos clases particulares. Yo acudí enseguida a su casa y le dije que contara conmigo. Si tenía que elegir entre Cándido Álvarez y él, no tenía ninguna duda. Sin embargo, Aranda no pudo dar clases particulares a nadie, como había prometido, y yo me quedé sin profesor. Mi madre, sin consultar conmigo, acudió enseguida a Cándido Álvarez para pedirle que me readmitiera en su aula, pero éste, naturalmente, le dijo que ya no tenía sitio para mí.

Recurrí a una maestra forastera que había llegado al pueblo un año antes, que era amiga de Francisco Núñez y a la que la veía subirse a veces con él en su coche. Se llamaba Sandra Jiménez y era una chica de unos veintipocos años, pecosa, rellenita y simpática, aunque quizá no demasiado bien preparada para las tareas docentes. Me recibía en la habitación de su pensión y, cada vez que yo entraba allí, parecía decirme con la mirada: “Venga, no seas tan serio y tan aplicado. Ya sabes que me acuesto con tu jefe, así que ¿por qué no nos lo montamos tú y yo en esta cama?” Aquella cama, una cama humilde de pensión barata, con la colcha deslucida, sobre la que yo dejaba mis libros y cuadernos, me ponía siempre muy nervioso.

Mis estudios no avanzaban con Sandra, pero yo llegué a tomarle a ella mucho cariño. Le dediqué un montón de poemas y dibujos a tinta china que nunca me atreví a mostrarle. No creo, sin embargo, que yo estuviese enamorado de ella. Tan sólo le tomé cariño como le tomaba cariño a cualquier persona que fuese un poco amable conmigo. Cuando fui a examinarme a Tomelloso aquel curso, mis notas fueron un desastre. Sin embargo, en septiembre logré aprobarlo todo, excepto el latín.

Julia, celosa de mi “relación” con Sandra, me propuso darme ella misma las clases de bachillerato el siguiente curso, ya que había terminado la carrera de Magisterio, aunque todavía no ejercía (estaba haciendo oposiciones). A mí me pareció una buena idea. Ella se negaba a cobrarme y mi madre se ahorraría ese gasto.

Pero aquella decisión resultó ser un completo error.

Nada más llegar a su casa, Julia se encerraba conmigo en su habitación, daba órdenes estrictas a todo el mundo de que no nos molestaran y, en vez de explicarme la lección, se lanzaba sobre mí y comenzaba con los besos y las caricias. Y así, un día tras otro, una semana tras otra, el curso pasó sin darnos cuenta, sin que abriéramos el libro de texto una sola vez, sin que ella se tomara en serio su papel de profesora ni yo el de alumno. Por tanto, cuando llegó la primavera y me presenté a exámenes, no aprobé ni una sola asignatura. Dolido por mi fracaso y por el año lectivo perdido, la acusé de no quererme bien. Pues, cuando uno quiere de verdad a alguien, le dije, trata de ayudarlo, en vez de perjudicarlo o de mostrarse indiferente a su suerte, y ella no había tratado de ayudarme en absoluto, sino todo lo contrario. No entendía cómo una mujer cinco años mayor que yo, “una profesora”, había podido ser tan irresponsable como para inducirme a caer en el abandono y en la desidia. Se lo dije por teléfono una tarde desde la oficina donde trabajaba ahora, ya que no me atrevía a decírselo en persona, y ella se quedó en silencio, sin saber qué responder.

El nuevo empleo me lo había ofrecido el alcalde del pueblo, Don Gerardo Serrano, supongo que por sugerencia de Aranda, amigo suyo. Era Don Gerardo un hombre campechano, de talante liberal, amante de las artes y las letras, cofundador de la asociación *Los Amigos del Bachiller Sansón Carrasco*, conocida a nivel regional o incluso nacional. Un día me pasó un recado de que quería verme y me explicó que acababa de abrir una fábrica de piensos compuestos con un socio y necesitaba alguien que atendiera la báscula en la que pesaban los camiones y la pequeña oficina que allí había. Aquel empleo era mucho más interesante que el que ya tenía, por lo que acepté sin dudarlo. Lamentándolo mucho por Francisco Núñez y por su madre, quien me había tomado tanto cariño, le dije adiós a la ferretería, donde estuve, creo, casi un año.

Exagrana, la fábrica de piensos compuestos, estaba en la carretera de Cinco Casas, a las afueras del pueblo. Cerca había una alcoholera con sus grandes depósitos cilíndricos de aluminio y sus escalerillas en espiral, una cooperativa vinícola y una gasolinera.

Trabajaba cinco horas por la mañana y tres por la tarde y, aunque quedaba muy lejos de mi casa, iba y venía andando. Establecí una ruta fija, de modo que pasaba siempre por las mismas calles e incluso por las mismas aceras, observando cada ventana, cada puerta, cada pequeño desconchón en los muros, cada accidente de la topografía urbana. A veces, sin embargo, cambiaba de ruta y le era infiel, por así decirlo, a mi ruta tradicional (a la que de algún modo le había tomado querencia) y ese hecho suponía para mí una especie de aventura emocionante. Normalmente, después de salir de mi casa, atravesaba diversas callejuelas del centro para acabar en Juan de Zúñiga, “la carretera”, donde habían instalado recientemente una fábrica de hielo. Casi nadie tenía todavía frigoríficos en Argamasilla de Alba y el hielo era allí tan raro como en el Macondo de García Márquez. Nadie lo veía, excepto cuando el agua se congelaba en los charcos o en los cubos de los aljibes las noches de invierno. Por ello, la expresión “Fábrica de hielo” resultaba tan mágica a los oídos de la gente. Fue algo tan novedoso que hubiese una fábrica de hielo en nuestro pueblo que todo el mundo acudió a visitarla. El hielo lo vendían en grandes barras, tan duras y transparentes que casi parecían de cristal, y lo compraban sobre todo en los bares, donde resultaba muy útil para refrescar las bebidas y conservar los alimentos. Hasta entonces sólo se habían utilizado las fresqueras.

Otra cosa que me gustaba de la calle Juan de Zúñiga era sus moreras. Había dos grandes hileras de moreras que sombreaban las aceras y tapaban en parte la fealdad de sus casas. Yo solía ir desde niño, en otoño, a aquella calle para recoger las moras que caían al suelo. Me doy cuenta de lo poco higiénica que era aquella costumbre, pero lo cierto es que

recogía las moras del suelo y me las comía tranquilamente, sin mayores consecuencias. En los años ochenta, cuando regresé a Argamasilla después de una larga ausencia, descubrí que habían desaparecido las moreras. Las habían cortado, según me dijeron, porque tuvieron que hacer obras de saneamiento en aquella calle y pensaron que las raíces de los árboles podían dañar el alcantarillado. Plantaron en su lugar unos pequeños y ridículos arbustos con forma de arbolitos. Veinte años después, me entero de que han vuelto a sustituirlos por verdaderos árboles.

Después de dejar las últimas casas habitadas del pueblo, pero un buen rato antes de llegar a la fábrica de piensos compuestos, tenía que pasar todavía por delante de algunas casas extrañas que a mí me parecían deshabitadas. Dichas casas probablemente habían estado habitadas alguna vez, pero ahora tenían el aspecto de haber sido abandonadas. En algunas de ellas sus patios y corrales se habían convertido en talleres o en fraguas y sus habitaciones en almacenes de grano o de forraje. Todas ellas tenían tapias de tierra, a veces sin encalar o con grandes desconchones, de ahí que yo las considerara deshabitadas, aunque quizá vivía todavía alguien en ellas, algún matrimonio mayor sin hijos, alguna viuda o viudo, alguna vieja solterona medio chiflada, ignorada por su familia... También había solares sin habitáculo alguno, cercados por paredes de adobes o de ladrillos, dentro de los cuales se oía ladrar a los perros enfurecidos. El firme de aquellas calles era también mucho peor allí que en las otras calles del pueblo. Tenía numerosos baches que, en invierno, cuando llovía, se convertían en charcos y barrizales. El corazón se me encogía de tristeza cada vez que tenía que pasar por aquella zona del pueblo, por lo que aligeraba el paso.

La fábrica de piensos compuestos (tal como yo la veía entonces con mis ojos de adolescente provinciano) era una especie de edificio futurista como esos que se ven en los cuadros de De Chirico. Tenía unas dos o tres alturas, pero parecían más, ya que por fuera no podía saberse dónde terminaba un piso y dónde comenzaba otro. Dicho edificio estaba al fondo de una gran explanada, en medio de la cual había un tinglado donde se depositaba provisionalmente la alfalfa seca que traían los camiones. A la entrada de dicha explanada estaba la báscula y al lado de la misma una pequeña caseta de ladrillo con tres habitaciones. En una de ellas se hallaba la oficina propiamente dicha, en otra la balanza de la báscula, donde yo pesaba los vehículos y grababa sobre una cartulina gruesa con caracteres indelebles el peso en bruto, la tara y el neto. Dicha habitación carecía de muebles y era la más fría y desangelada. Tenía una gran ventana para poder visualizar desde ella la correcta posición de los vehículos sobre la plataforma. La tercera habitación era el baño, pero había quedado sin terminar.

Gerardo Serrano y Rodríguez, su socio, apenas iban por la oficina, de modo que yo estaba solo la mayor parte del tiempo. Apenas tenía nada que hacer, salvo pesar en la báscula dos o tres camiones al día, anotar algunos datos y archivar unos pocos albaranes. El resto del tiempo lo dedicaba a leer, a teclear en la máquina de escribir (di algunas clases de mecanografía para aprender el método ciego) o a divagar. A veces se me pasaban las horas enteras contemplando el paisaje desde la ventana, recreándome en mis fantasías, enajenándome cada vez más de la realidad, hasta que alguna circunstancia eventual, como la presencia de algún obrero o de un camión en la báscula, me hacía regresar a la misma repentinamente (y casi diría traumáticamente). Sin duda, también hubiera podido estudiar, pero con Julia como profesora particular, no estaba muy motivado en los libros de texto. Aún así, solía llevarlos conmigo, pero apenas los miraba.

El otro artilugio de la oficina que me fascinaba, aparte de la máquina de escribir, era el teléfono. Julia y yo nos llamábamos varias veces al día y hablábamos sin parar. Aunque controlando cada palabra que decíamos, ya que sabíamos que éramos escuchados por la operadora. Resulta curioso recordar cómo funcionaban entonces los teléfonos comparándolo con el modo en que lo hacen ahora. Nadie, por ejemplo, podía marcar

directamente ningún número, sino que tenía que pedirle a la telefonista u operadora que lo hiciera desde una centralita. Cuando descolgabas el auricular entrabas en contacto con dicha operadora. “Por favor”, le decías, “póngame con el número 25” (ó con el 11, ó con el 34; no creo que hubiera más de 50 ó 60 números en toda Argamasilla), ella cogía una clavija y la introducía en el número indicado, propiciando la conexión. Se supone que la operadora bajaba entonces una palanquita y dejaba de oír a través de su auricular, pero eso dependía de su propio albedrío y de su sentido ético. La centralita estaba situada en un pequeño cubículo de la calle Benedicto Antequera, haciendo esquina casi con la Glorieta, y era manejada cuando yo vivía allí por una solterona. Todo el mundo sabía que era una cotilla y que su único aliciente en la vida era estar al tanto de los secretos de los demás, por lo que desconfiabas de ella y te autocensurabas en las conversaciones telefónicas. A veces se oían suspiros, ayes y hasta frases entrecortadas de mal humor cuando el tema no era de su agrado o superaba los límites de su permisividad moral. Los más descarados le lanzaban, de tanto en tanto, alguna pulla, suspendiendo la conversación con su interlocutor para entrar en liza con ella con frases como: “Eh, tú; sí, me refiero a ti, ¿lo has oído bien o te lo repito? He dicho que...” Aunque la telefonista, en tales ocasiones, para probar su profesionalidad, permanecía muda.

Uno de los obreros de Exagrona, Tomás, un chico de unos veinte o veintidós años, me visitaba muy a menudo en la oficina. Era esbelto y de complexión fuerte. Llevaba siempre la camisa medio desabrochada y los pantalones vaqueros un poco caídos. Ya no recuerdo la razón por la que aquel chico acudía tanto a la oficina. El caso es que simpatizamos el uno con el otro y nos hicimos amigos. El tema de nuestras conversaciones era siempre el sexo y lo iniciaba él. Yo, más que hablar, le escuchaba, sonreía, asentía, mientras trataba de ocultarle a él (y también a mí mismo) la confusión de sentimientos que me provocaba su persona. Tomás hablaba con morbosos descaro de lo que hacía cada noche con su novia: cómo le metía la mano debajo del jersey y le tocaba las tetas, cómo se sacaba el pene en la oscuridad del portal y ella le masturbaba y cosas así.

Tomás tenía unos labios muy rojos y unos dientes muy blancos, la voz queda y viril y el porte tranquilo y seguro de sí mismo, tal como es propio en algunos muchachos provincianos. Era tan ardiente que a veces yo mismo percibía el calor de su cuerpo a distancia. Como es natural, dado su trabajo, se presentaba en la oficina con el cabello manchado de polvo y con hojas de alfalfa reseca pegadas en la camisa o en los pantalones. Desprendía, en fin, una rabiosa sexualidad y yo apenas podía reprimir el deseo de acercarme a él y de acariciar aquellas hermosas piernas suyas embutidas en los pantalones vaqueros manchados de alfalfa.

¿Por qué me visitaba Tomás tan a menudo en la oficina? La respuesta parece obvia: intentaba insinuarse. Siempre lo he pensado y ya lo pensaba entonces, aunque tal vez sólo quería ser mi amigo y contarme sus aventuras amorosas. Pero entonces, ¿por qué insistía tanto en hablarme de sexo cuando estábamos los dos solos y tan cerca el uno del otro? ¿Por qué le daba a sus relatos aquel carácter de intimidad?

¿Se sentía Tomás atraído por mí, por el chico tímido, pulcro, delicado, igual que yo me sentía atraído por él, por el chico rudo, extrovertido, libidinoso, con los pantalones manchados de alfalfa? Sea como fuere, ninguno de los dos dio el primer paso (o mejor dicho: yo no di ningún paso; él al parecer dio alguno), así que perdimos nuestra oportunidad.

En los sesenta los jóvenes estábamos locos por la música. Hoy también, pero entonces la música era algo más que música. La música era lo único que teníamos y canalizábamos a través de ella nuestras ilusiones, nuestras esperanzas y nuestra rebeldía. La música era la bandera con la que nos identificábamos frente al poder, frente al *régimen*, frente a las tradiciones. Ahora la música es una cosa más entre otras muchas. Es una forma de consumo. Entonces la música era una especie de religión. Tenía un carácter mucho más trascendental y emotivo. Era el arma más poderosa de la juventud, su lenguaje de expresión más visceral.

Cuando yo tenía dieciséis años triunfaban, con sus primeras canciones, Raphael, Serrat, Mari Trini, El Dúo Dinámico, Los Brincos, Los Pekenikes, Los Relámpagos... También se oía mucha música en inglés, que era la que se bailaba en las discotecas. A veces, cuando me quedaba solo en casa, ponía la radio a todo volumen y bailaba como un loco, moviendo manos y pies de un modo complicado, como imaginaba que lo hacían los jóvenes en las discotecas de Madrid.

Yo mismo empecé a componer también mis propias canciones. Dado que no tocaba ningún instrumento ni tenía nociones de solfeo (o un magnetófono con el que grabarlas) simplemente las memorizaba. Componía no sólo la melodía, el ritmo, los acordes, sino también los coros, los arreglos y la orquestación, además de las letras. Y todo ello quedaba almacenado en el disco duro de mi cerebro. Muchas veces *componía* mientras iba caminando por la calle de mi casa al trabajo. Una mujer me vio un día hablando y gesticulando solo a través de una persiana de su casa (era una forma de ocio para muchas mujeres del pueblo observar lo que pasaba en la calle a través de las persianas de sus casas) y fue corriendo a decírselo a mi madre, muy preocupada, temiendo que me hubiese vuelto loco. Sin duda, me había sorprendido en un momento de euforia creativa. Cuando llegaba a la oficina, acababa de componer la canción, le daba los últimos retoques y escribía la letra en un cuaderno. Durante varios días aquella canción era para mí una obsesión. La cantaba o la tarareaba, “con sordina”, una y mil veces hasta que la memorizaba por completo y ya nunca la olvidaba. Solía cantarle a Julia todas mis canciones y a ella le entusiasmaban. En unos pocos meses llegué a componer unas 25 ó 30. Algunas de ellas tenían claramente un estilo *pop*, otras un estilo conocido como *underground* y otras un estilo *protesta*, muy de moda entonces.

Dejé de *componer* cuando me fui a vivir a Madrid y me olvidé por completo de aquellas canciones. Pero diez o quince años después encontré, por casualidad, el cuaderno donde estaban escritas las letras y, cuando intenté tararearlas, no pude recordar un solo acorde o una sola nota. Se habían borrado definitivamente de mi memoria. Sólo quedaban las letras, soporte y andamiaje de la música, pero éstas, por sí mismas, ni siquiera me gustaban. Me parecían cursis y elementales (como son en realidad la mayoría de las letras de las canciones modernas). Con una sensación amarga de frustración, destruí el cuaderno en trozos pequeños y los arrojé a la basura.

Sin embargo, estoy seguro de que algunas de aquellas canciones eran buenas y de que, de haber plasmado sus notas en una partitura, de haberlas grabado y de haberlas publicado en discos comerciales, se habrían convertido en éxitos. Así que derroché un montón de energías y de ilusiones componiéndolas durante meses y al final todo aquel esfuerzo no sirvió para nada.

Tenía yo unos once o doce años cuando, por expreso deseo de mi padre, entré en la banda municipal de Argamasilla de Alba, dirigida entonces por un tal Anselmo Zubiría, un tipo de mediana edad, muy querido y respetado por la buena sociedad local.

Empecé estudiando solfeo y, al cabo de algún tiempo, Zubiría me entregó la boquilla de un clarinete con la que practicaba las notas más sencillas. Más adelante me dio un pequeño saxo, al que le tomé mucho cariño y al que le sacaba brillo cada día con un paño suave. Nunca olvidaré la delicadeza de sus formas, la frágil mecánica de sus teclas y su oscuro sabor a azufre. Sin embargo, debo reconocer que no llegué a extraer de él bellos sonidos. Aquel pequeño saxo, más que un instrumento para generar arte, se convirtió para mí, muy pronto, en un instrumento de tortura. Anselmo Zubiría, el malhadado maestro de la banda, tan querido y respetado por todo el mundo, era en realidad un hipócrita y un cínico. En clase, cuando estábamos él y yo solos, disfrutaba golpeándome con la batuta en los dedos cada vez que me equivocaba de nota (lo que, como es lógico, ocurría muy a menudo), tirándome de las patillas de forma tan violenta que me obligaba a levantarme del asiento de un salto, retorciéndome las orejas hasta deformármelas (lo que me producía verdadero terror, pues tenía complejo de orejón), dándome inesperados pescozones, capones y pellizcos. Me castigaba y me atormentaba de tal modo, que acabé sintiendo aversión por la banda municipal, ya que no por la música. Un día en que no pude soportarlo más, le devolví el saxo y no volví más por allí.

El Festival de Benidorm estaba muy de moda entonces. En él se había dado a conocer Raphael, el cantante más famoso del momento. ¿Por qué no presentarme yo también con alguna de mis canciones? Si tenía éxito (y yo estaba seguro de que lo tendría), me convertiría en una estrella del *pop*.

Pero para presentarme en el Festival de Benidorm necesitaba una maqueta y para grabar una maqueta necesitaba una partitura. Hablé con Julia sobre todo eso y ambos estudiamos la situación. Un vecino mío tenía un magnetófono con el que podíamos grabar la maqueta y, en cuanto a la partitura... Julia recordó que una tía suya, Doña Conchita, una solterona, tocaba el piano, así que fuimos a verla y le explicamos el asunto. Doña Conchita era una viejecita vivaracha y coqueta (se acicalaba todavía y se vestía con prendas de vivos colores). No se mostró demasiado entusiasmada con nuestro proyecto, aunque prometió ayudarme. Acudí a su casa durante varios días. Yo le tarareaba mi canción y ella trataba de trasladar la melodía al teclado y luego al papel. Pero la cosa avanzaba muy despacio y, después de varias sesiones agotadoras, quizá por aburrimiento o porque no era capaz de realizar la tarea encomendada, Doña Conchita desistió. Y ese fue el motivo por el que no pude presentarme al Festival de Benidorm (ni llegué a ser una estrella del *pop*). Aquel año lo ganó precisamente Julio Iglesias.

En los sesenta las melenas de los Beatles causaban furor y todos los chicos nos dejábamos crecer el pelo para imitarles. Pero nuestros padres, ay, querían que tuviéramos el pelo corto. ¿Qué les importaría a ellos? Pues les importaba, ¡vaya si les importaba! El asunto del pelo dio lugar a graves disputas entre padres e hijos. En una ocasión mi padre me agarró a mí del pelo y me zarandó la cabeza mientras gritaba que fuera a cortármelo inmediatamente. Yo lo aparté de un empujón y él fue diciéndole a todo el mundo que su hijo le había pegado. No. Yo no le había pegado. Simplemente me había defendido de su ataque violento con una reacción también violenta. Y todo por culpa del pelo, que yo lo quería largo y mi padre corto. Hoy el asunto parece una tontería, pero no lo era entonces. Dejarse crecer el pelo era considerado un acto de rebeldía, una provocación y una trasgresión de las buenas costumbres. Algo que ningún padre con un poco de amor propio podía tolerar. Los que no conseguían someter a sus hijos por las buenas lo hacían por las malas, cortándoles un mechón de pelo mientras dormían. El destrozo que ocasionaban era tal que no tenías más

remedio que ir al día siguiente a la peluquería. Mi propia madre me amenazó a mí varias veces con cortarme el flequillo mientras dormía, si no iba a la peluquería, así que acabé cediendo. Al mes siguiente, sin embargo, el pelo había vuelto a crecer y otra vez teníamos el mismo problema. ¡Qué estúpido problema! A los jóvenes de hoy les parecerá increíble. Una década más tarde, los padres acabaron resignándose y aceptando que sus hijos llevaran el pelo como les diera la gana. Pero entonces surgió la moda del pendiente y ocurrió exactamente lo mismo. ¡Ningún padre toleraba que sus hijos llevaran pendientes! Yo me puse mi primer pendiente en 1977, pero tenía que quitármelo cada vez que entraba en mi casa para no tener una bronca con mi padre. A mediados de los ochenta el pendiente se generalizó y los padres acabaron aceptándolo. ¡Y tragaron incluso con los *piercing*!

Durante los sesenta los jóvenes revolucionaron también el modo de vestir. Los chicos se cansaron de los tradicionales tonos neutros y comenzaron a ponerse prendas de colores atrevidos, con dibujos y flores estampados. Luego vinieron los pantalones-campana, tanto para mujeres como para hombres, muy estrechos desde la cintura hasta las rodillas para resaltar bien las nalgas, lo que se consideraba erotizante y, por lo tanto, escandaloso. En general, toda la moda de los sesenta tenía una intencionalidad erotizante. Como la minifalda. Las chicas, además, se cardaban el pelo y se ponían zapatos de plataforma para parecer más altas...

¡Los sesenta! ¡Qué años aquellos tan inconfundibles! ¡Todo era tan chic, tan sofisticado y tan sexy en los sesenta! ¡Los jóvenes vivíamos en un permanente estado de revolución, transgrediendo gratuitamente todas y cada una de las viejas costumbres, tanto por ética como por estética! Y el motor de todo ello era la música. ¡Los sesenta no hubieran sido lo mismo sin los Beatles, los Bee Gees o los Rolling Stones!

¡Tampoco hubieran sido lo mismo, ay, sin el asesinato del presidente Kennedy o de Martin Luther King, sin el suicidio de Marilyn Monroe y sin las imágenes en blanco y negro del primer hombre pisando la Luna!

[Esta selección de páginas para lectura de estudiantes ha sido autorizada por el editor]